



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO
FACULTAD DE HUMANIDADES**

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

T E S I S

Como habitar el mundo a partir de la Ética de Spinoza

Que para obtener el título de:
Licenciada en Filosofía

Presenta:
Ximena Caroll Pérez Romero

Asesor:
Dr. Óscar Juárez Zaragoza

Toluca, Estado de México, 2023.

Índice

Introducción	1
Capítulo I. De Dios	5
1.1 Concepción de Dios según Baruch Spinoza	5
1.1.2 La razón como vía correcta para acceder al conocimiento de Dios.....	5
1.2 De la existencia de Dios	5
1.3 Dios como causa de sí mismo	7
1.4 Dios por sí mismo	9
1.5 Dios en sí mismo	9
1.6 Dios es único	10
1.7 Dios es infinito	11
1.8 Dios es indivisible	13
1.9 Dios es afirmación absoluta.....	13
1.10 La libertad de Dios	15
1.11 Dios como autoconocimiento.....	16
Capítulo II. En torno al ser humano.....	19
2.1 Sobre el ser humano	19
2.2 Sobre el conocimiento del alma del hombre	20
2.3 Sobre el conocimiento del cuerpo del hombre	21
2.4 Sobre el conocimiento claro y distinto.....	23
2.5 Sobre el error.....	25
2.6 La acción del alma y cuerpo	26
2.7 La pasión del alma y cuerpo	27
Capítulo III. De los afectos	29
3.1 Los afectos y la norma de vida de los hombres desde las leyes comunes de la naturaleza.....	29
3.2 Conatus	31
3.3 De las causas que incrementan la alegría	34
3.4 De las causas que disminuyen la alegría.....	37
3.5 De las causas de la tristeza	37
3.6 Fluctuación de ánimo.....	40

Capitulo IV. De los afectos negativos y positivos	42
4.1 Reconocimiento de afectos negativos	42
4.2 El ser humano como deseo	47
4.3 Análisis de los afectos a partir de lo bueno y lo malo.....	50
4.4 Sobre la falta de virtud	52
4.5 La virtud absoluta del alma	53
4.6 El ser humano como singularidad y su relación con las otras cosas singulares.....	55
4.7 El ser humano como proporción o equilibrio.....	59
4.8 El ser humano como desequilibrio o desproporción	61
4.9 Sobre la posibilidad de la sabiduría	64
4.10 Libertad, sabiduría, tiempo y totalidad	65
4.11 Del camino de la esclavitud a la libertad.....	67
Capitulo V. Del conocimiento de Dios y sus consecuencias.....	70
5.1 De la potencia del entendimiento a la libertad humana.....	70
5.2 De las imágenes o afectos claros y distintos al amor de Dios	75
5.3 Del alma al tercer género de conocimiento.....	77
5.4 El amor intelectual de Dios	80
5.5 Piedad y religión	85
5.6 Virtud y felicidad.....	87
Conclusiones	88
Bibliografía.....	95

Introducción

El filósofo Spinoza considera necesario habitar el mundo a partir de la *Ética*, su obra más significativa, para no dejarse guiar por las pasiones y los excesos, por ello nos invita a reflexionar en función de sus desarrollos para basarse en el valor y cuidado de sí mismo. Lo ético es vivir a partir del conocimiento del orden divino con el fin de actuar con ideas adecuadas que conlleven afectos buenos por medio de la razón, de esta manera, se dará como resultado una vida virtuosa y plena.

La filosofía de Baruch Spinoza tiene como objetivo lograr que actuemos libremente para obtener una vida feliz por medio de la virtud. Dentro de su obra *la Ética demostrada según el orden geométrico* están desarrollados elementos metafísicos y epistemológicos, demostrando a partir de ahí en qué consiste la impotencia o esclavitud del alma para percatarnos de la libertad y potencia del alma.

Spinoza es uno de los filósofos modernos que luchó por la libertad del ser humano en su carácter individual y por la libertad política, a pesar de su época oscura que vivió desde que fue excomulgado por revelarse ante su propia religión judía, sin olvidar su soledad y malos tratos, no se rindió y argumentó su metodología a través del modelo geométrico de Euclides que conlleva axiomas, definiciones, proposiciones, demostraciones, aparte de los escolios y apéndices para aclarar mejor las ideas basadas en el pensamiento racional por medio del sistema deductivo en su filosofía.

La *Ética* está dirigida especialmente a nosotros como seres humanos para obtener una vida más virtuosa para sí mismos y para los demás, con criterios de verdad que nos hagan reflexionar y actuar en nuestra vida cotidiana y como miembros de la sociedad, sin necesidad de castigarse o flagelarse por los malos actos, sino al contrario formarnos individual y colectivamente.

Spinoza establece definiciones como, Dios, acción, afirmación, afectos, ideas adecuadas, ideas inadecuadas, razón, pasión, libertad, esclavitud, virtud, cuerpo, alma, etc.; que son fundamentales para el desarrollo de su obra, al igual que le

servirán a quien desee aprender a reflexionar acerca de su vida para aceptar sus errores y mejorar de manera ordenada y sin miedo alguno.

El presente trabajo se propone analizar *la Ética demostrada según el orden geométrico* y ver cómo se habita el mundo desde el pensamiento del filósofo holandés, siguiendo un camino seguro para disminuir los afectos esclavizantes, contrastándolo con la manera de habitar el mundo de forma libre, ya que, la mayoría de los seres humanos se guían más por afectos esclavizantes como: la avaricia, la envidia, el rencor, el miedo, etc. y no se dan cuenta que existe la posibilidad de otorgarle más valor a la propia vida que a simples pasiones que no conllevan un camino verdadero ni libre.

En el primer capítulo titulado *Sobre Dios*, se muestra la concepción de Dios de acuerdo con Baruch Spinoza, donde se presentan rasgos específicos para comprobar la existencia necesaria de un Dios distinto, de sus infinitos atributos y de sus infinitos modos; y de esos infinitos atributos se determina que sólo podemos conocer dos, los cuales son muy importantes para el desarrollo del modo de habitar el mundo y a partir de ahí comenzar a entender de manera clara y distinta a Dios. Ya que, al momento de acceder al conocimiento de Dios, es necesario guiarse a partir de la razón para comprender la propia naturaleza y alejarse de imaginaciones erróneas.

Una vez entendido el concepto de Dios establecido por Spinoza, se da respuesta de manera más específica a ciertas cuestiones que giran en torno a Él, como: ¿Cuál es el origen proveniente de Dios? ¿Dónde está Dios? ¿Existe algo anterior a Dios? ¿Dios es libre?, etc.; con la intención de demostrar su naturaleza y su pensamiento ético para alejarse de supersticiones.

En el segundo capítulo, *Sobre el ser humano*, se analiza la condición finita del ser humano explicando la relación entre alma y cuerpo, inclusive por qué el pensamiento o el alma es constitutivo de nuestro ser y se presentará cuál es la función que cumple el cuerpo en base al conocimiento. Para Spinoza es indispensable que exista el alma y el cuerpo, es decir, que exista una dualidad entre ambos y se desarrollen en conjunto para el correcto funcionamiento del ser y el

orden de la naturaleza.

El ser humano tiene la capacidad de interactuar con su entorno, por lo tanto, al tener conciencia de sí mismo surge un conocimiento verdadero, pero sí el ser humano es ignorante de sus causas y de su conciencia no puede obtener un verdadero conocimiento. A partir de lo establecido, se explican los beneficios que resultan si el ser humano respeta el orden de la naturaleza, y, al contrario, en caso de que el ser humano incumpla el orden de la naturaleza, se muestran sus consecuencias.

En el tercer capítulo, denominado *Sobre los afectos*, siguiendo el orden de la naturaleza para identificar su definición es necesario partir de la afección que va a resultar de sentir y percibir provocando cambios desde lo interior hacia lo exterior del ser, para luego, identificar el afecto como la idea de la afección, que conlleva conciencia produciendo un aumento o disminución de potencia en el ser humano. Seguido de lo anterior, se muestran las razones del porqué el ser humano desarrolla un primer afecto, en primera instancia, desde el momento de la existencia, y a partir de ahí, se analizan la clasificación de los afectos, habrá que adentrarse al escrito para descubrir el origen del cual surgen los afectos.

Todos, como seres humanos, tenemos en común alguno de los afectos que se mencionan, ya que en algún momento de nuestras vidas los hemos experimentado y ninguno puede negarlo ni evadirlo, pues forman parte de nuestro ser. Por eso Spinoza dará las herramientas para elegir el mejor camino al momento de actuar.

En el cuarto capítulo, *Sobre afectos que esclavizan*, se señala el significado de la esclavitud de acuerdo con Spinoza, para luego, distinguir que es muy distinto vivir sometidos a los afectos que esclavizan, a que cada ser humano, con el conocimiento necesario, sea capaz de moderarlos. Así que, se realiza un análisis meticuloso de los afectos para poder determinar cuándo son motivo de esclavitud.

El filósofo holandés considera importante para tener una vida aceptable, donde exista un balance entre lo que se hace o se piensa, reconocer los afectos que están dañando nuestra potencia, ya que, a partir de ahí, se muestran otros términos que sólo tienen validez en función de las ideas o imaginaciones que el ser humano se crea, los cuales permiten entender un poco más los afectos que se inclinan hacia la

esclavitud.

Teniendo en cuenta que la mayoría de esos afectos que conllevan a la esclavitud van a surgir de la propia ignorancia respecto al orden divino y del capricho de cada uno como seres humanos, por eso, es necesario concientizar de qué manera se logra la existencia libre.

En el quinto capítulo, *de la potencia del entendimiento a la libertad humana*, se presenta la solución propuesta por Spinoza para moderar la potencia de los afectos, y no dejarnos arrastrar innecesariamente de los afectos que conllevan a la esclavitud, teniendo la capacidad de poner límites ante el padecimiento.

A partir de moderar los afectos malos se presentará una lucha por la libertad que conlleva tener muchos beneficios propios para los seres humanos no carentes de pensamiento. Es indispensable no perder de vista la función que desempeña el ser humano en Dios, ya que, se descubre lo que puede surgir a partir de un conocimiento claro y distinto.

Por eso, es necesario prestar atención a todos los detalles de cada capítulo para identificar la grata sorpresa que nos tiene Spinoza si seguimos el camino de la reflexión y el orden a partir de la naturaleza.

Capítulo I. De Dios

1.1 Concepción de Dios según Baruch Spinoza

Spinoza nos muestra un camino distinto para comprender de forma correcta la noción de Dios, nos presenta un Dios renovado con respecto a la religión judía y cristiana, ya que no retoma a Dios como trascendente sino a un Dios inmanente porque no busca un fin, sino más bien, ofrece otorgar pensamientos distintos con rasgos nuevos que conlleven un existencia libre y virtuosa, pues será el sustento de todo su sistema filosófico como se observa a continuación.

1.1.2 La razón como vía correcta para acceder al conocimiento de Dios

Para el filósofo es indispensable el conocimiento de Dios a través de la razón o luz natural para comprender su verdadera naturaleza y, por tanto, poder actuar en función de ella, superando con esto las erróneas imaginaciones que facultan las actitudes más cuestionables que los hombres suelen efectuar. Al conocimiento de Dios sólo podemos acceder por medio de la razón y en esta tarea debemos empeñar todo nuestro esfuerzo para poder liberarnos de los absurdos que solemos considerar como conocimiento divino. La razón es la facultad que debe dominar a las otras facultades que nos extravían del camino correcto, especialmente a la imaginación que ante el miedo suele crear las más ilusorias esperanzas.

Nos presenta un Dios distinto, producto de un conocimiento claro y preciso a través la razón o la luz natural, ya que se basan en el conocimiento. Como lo demuestra lo siguiente: “Páreceme que esto significa bastante claramente que todo hombre comprende de la luz natural la fuerza y la divinidad eterna de Dios, de las que puede deducir lo que debe hacer y lo que debe evitar” (Spinoza, 2011 B; 86).

1.2 De la existencia de Dios

La primera definición con la que abre la *Ética* dice:” Por causa de si entiendo que la esencia implica existencia, o sea, cuya naturaleza no se puede concebir sino como existente” (Spinoza, 2000; 39). Lo anterior ha suscitado un sinfín de discusiones respecto al sentido de esa definición, nosotros entendemos que lo que el filósofo quiere decir es que no podemos dudar de la existencia de Dios por las siguientes

razones:

“La existencia de Dios y su esencia son una y la misma cosa. *Demostración:* Dios y todos sus atributos son eternos. Es decir, cada uno de sus atributos expresa la existencia. Así, pues, los mismos atributos de Dios que explican la esencia eterna de Dios, explican al mismo tiempo su existencia eterna; esto es, aquello que constituye la esencia de Dios, constituye a la vez su existencia y, por, tanto, su existencia y su esencia son una y la misma cosa. Corolario 1. De aquí se sigue: 1º) que la existencia de Dios es, como su esencia, una verdad eterna. Corolario 2. Se sigue 2º) que Dios, o sea, todos los atributos de Dios son inmutables. Ya que, si cambiaran por razón de su existencia, deberían cambiar también por razón de su esencia, esto es convertirse de verdaderos en falsos, lo cual es absurdo” (Ibid;56).

Es bien sabido que Spinoza concibe a Dios como una sustancia única e infinita, que en su condición de infinita posee infinitos atributos de los cuales los seres humanos, en nuestra condición de seres finitos, solo conocemos dos: el pensamiento y la extensión. Ahora bien, es indudable que lo extenso exista, pues las cosas extensas son reales, se dan efectivamente. La única manera de que eso suceda es que el atributo extensión se dé y, por lo tanto, al estar contenido el atributo extensión en la sustancia infinita, Dios existe. Sumando a la definición dada de Dios, se menciona que:

“Si la sustancia posee igualmente todos los atributos, no hay jerarquía entre los atributos, uno no vale más que otro. En otros términos, si el pensamiento es un atributo de Dios o de la sustancia, no habrá entre ellos ninguna jerarquía. Todos los atributos tendrán igual valor desde el momento en que son atributos de la sustancia. Estamos aun en lo abstracto, es la figura especulativa de la inmanencia” (Deleuze, 2008; 14).

Lo mismo sucede con el atributo pensamiento; puesto que en cuanto que estamos describiendo estamos pensando, por ende, el atributo pensamiento es real, al estar contenido en la sustancia divina inevitablemente la sustancia divina es real y existe. Con ello, Spinoza entiende lo siguiente:

“Por gobierno de Dios, entiendo el orden fijo e inmutable de la naturaleza

o el encadenamiento de las cosas naturales. Se ha demostrado que las leyes universales de la naturaleza, con arreglo a las cuales todo se hace y todo se determina, no son otra cosa que los eternos decretos de Dios, que son verdades eternas en que va siempre envuelta la necesidad absoluta. Por consiguiente, decir que todo se hace por las leyes de la naturaleza o por decreto y gobierno de Dios, es decir, exactamente la misma cosa” (Spinoza, 2011 B; 59).

De esta manera, al negar la existencia de Dios tiende a negar la existencia de las cosas que se dan en lo extenso, así como también el pensamiento que niega la existencia de Dios. Pero como negar la existencia de Dios es ya un acto de pensamiento donde es imposible negar la existencia del pensamiento, por lo tanto, tanto el pensamiento y al existir tal constancia de la existencia de la sustancia o de Dios o como dice en la proposición 25 “Dios, no solo es causa eficiente de la existencia de las cosas, sino también de su esencia” (Spinoza, 2000; 59).

1.3 Dios como causa de sí mismo

Con lo anterior se puede ver que Dios es una sustancia que por su esencia implica necesariamente su existencia, lo cual quedó demostrado en el apartado anterior. ¿Cuál es el origen de Dios?, es la interrogante que se puede plantear una vez demostrada su existencia. Para el filósofo holandés la respuesta es contundente: Dios es causa de sí mismo, esto por las siguientes razones.

Al poseer infinitas cualidades, no está limitado por nada, no hay impedimento alguno para generarse a sí mismo, pues recordemos que es potencia infinita, si Dios no pudiese originarse a sí mismo sería impotente, resultando absurdo el postulado de su potencia infinita. No olvidemos que los atributos que están al alcance del conocimiento humano son: el pensamiento y la extensión, y de ambos no podemos dudar puesto que los constatamos de manera cotidiana, ahora bien, ¿Quién generó la extensión y el pensamiento? La respuesta, inevitablemente es Dios. Solo que, en este caso, el pensamiento y la extensión son constitutivos de la esencia divina, pues, surgen en el momento mismo en que Dios es causa de sí mismo.

Si se acepta el postulado de la eternidad de Dios, no podemos encontrar nada

anterior a Dios, por ende, solo Él puede causarse a sí mismo. Tanto los atributos como los modos son posteriores a Dios y dependen de Él, es causa de sí mismo y de todo lo demás. Con el simple hecho de imaginar algo anterior a Dios atenta directamente contra su omnipotencia y su perfección. Por lo que:

“Las leyes universales de la naturaleza, con arreglo a las cuales todo se hace y todo se determina, no son otra cosa que los eternos decretos de Dios, que son verdades eternas, en que va siempre envuelta la necesidad absoluta. Por consiguiente, decir que todo se hace por las leyes de la naturaleza o por decreto y gobierno de Dios, es decir, exactamente la misma cosa” (Spinoza, 2011 B; 59).

Bien entendida la argumentación del filósofo holandés nos hace evidente que Dios surge por sí mismo y no existe la posibilidad de encontrar nada anterior a Él. Dios es la génesis de sí mismo tanto su esencia como en su existencia.

Una vez que Dios se causa a sí mismo se da la posibilidad de ser causadas las cosas, con lo que se establece una diferencia fundamental entre lo que es por causa de sí mismo y lo que es por causa de otro; Dios no depende de nada y todas las cosas dependen de Él. Además:

“Como el poder de las cosas naturales no es sino por la potencia de Dios, por quien todo se hace y se determina, dedúcese que todos los medios de que se sirve el hombre, que es también una parte de la naturaleza sin esfuerzo alguno, no son más que un don del poder divino, considerado en acción por medio de la naturaleza humana o por los objetos colocados fuera de esa misma naturaleza. Por lo tanto, podemos llamar muy bien socorro interno de Dios cuanto hace la naturaleza humana por su solo poder, y en vista de su conservación y socorro externo todo lo provechoso que ocurre al hombre por medio de las causas exteriores” (Ibid;59).

1.4 Dios por sí mismo

Spinoza establece una clara distinción entre los modos de actuar: el actuar libre y el no libre. El primero corresponde con propiedad absoluta a Dios, puesto que existe por la sola necesidad de su naturaleza y se determina por sí solo a obrar. Nada externo motiva su acción u obrar, por lo cual, es correcto decir que Dios es por sí mismo, tanto su esencia como su existencia son producto de su propia naturaleza y determinación, al tener estas características es necesario reconocer que actúa libremente. Su libertad lo impulsa a generarse a sí mismo, pues para hacerlo no depende de nada ni de nadie.

Al ser anterior a todas las cosas no podríamos decir que encuentra motivación para actuar en alguna de ellas, pues aún no existen, ¿de dónde saca entonces su motivación? Inevitablemente de sí mismo, Él se motiva a sí mismo para autogenerarse. Ya que, “la tesis capital del sistema spinoziano, que Dios es *causa sui* y causa primera de la que derivan todas las cosas singulares de forma absolutamente necesaria” (Domínguez, 1988; 16).

1.5 Dios en sí mismo

A la pregunta: ¿Dónde está Dios? Inevitablemente debemos responder que está en sí mismo. En líneas anteriores hemos argumentado que antes de Dios no hay nada, por ende, no puede estar sobre algo externo a Él. De igual manera se ha mostrado que Dios posee como uno de sus atributos la extensión en donde se despliega la naturaleza que es una expresión de Dios, si pensamos a Dios desde la perspectiva espacial es inevitable reconocer que Dios está en sí mismo, pues es el creador del espacio en donde se despliega.

También se mencionó que otro de los atributos de Dios es el pensamiento, en este caso solo podemos pensar a Dios a partir de ese atributo, por ende, a partir de sí mismo.

Dios al ser origen de sí mismo es origen de los atributos en donde podemos pensar y constatar la existencia de las cosas, en otras palabras, todas las cosas son en Dios mientras que Dios es en sí mismo. Inclusive, el *Tratado de la reforma del*

entendimiento apunta a dos tesis:

“La primera, al sostener que la extensión no es compuesta y finita y que la cantidad infinita es una idea positiva y absoluta, mientras que el movimiento es relativo a ella. La segunda, al atribuir a otros la doctrina del entendimiento creador y al concebir que nosotros somos parte de un ser pensante, cuyos pensamientos constituyen nuestra mente, unos en su totalidad y otros tan sólo en parte” (Ibid;16).

1.6 Dios es único

Dios es la primera sustancia porque no hay nada anterior a Él, es decir, no hay nada que preceda a Dios, ya que se explica por sí mismo y surge por sí mismo; todo está controlado bajo su poder y orden, no necesita de nadie ni de nada para dar forma a la infinitud de atributos y modos que posee, todo se explica por su propia naturaleza. Ahora bien, nuestro entendimiento finito no nos permite entender y percibir la totalidad de la acción divina, pero si somos capaces de conocer los atributos de extensión y pensamiento.

No obstante, si comprendemos con rigurosidad los conceptos mencionados en el párrafo anterior sacamos las siguientes consecuencias: a) El postulado de que Dios es infinito conlleva que a los seres humanos nos está vedada la posibilidad de conocer a Dios en su totalidad, por lo tanto, nunca podremos conocer en donde termina Dios y en donde se daría la posibilidad de conocer a otro Dios, en otras palabras, solo podemos tener un conocimiento fragmentario de Dios, lo cual nos permite únicamente conocer a un único Dios. Algo similar ocurre si pensamos su infinitud, desde el punto de vista temporal, como seres humanos, la finitud temporal nos impide conocer la eternidad de Dios, por ende, únicamente estamos en posibilidades de conocer a un único Dios; b) si pensáramos la posibilidad de la existencia de diversos dioses no podríamos concebirlos a partir de los atributos que podemos conocer, esto porque a partir del atributo extensión en nuestra calidad de seres finitos jamás podríamos agotar la extensión y acceder a algún atributo de otra divinidad, lo mismo sucede respecto al atributo pensamiento pues de igual manera no podemos salir de lo que permite este atributo y concebir a un Dios con características distintas.

Como puede verse en su infinitud lo llena todo y abarca todo; ¿En dónde podría estar otro Dios? lo que es infinito por su propia naturaleza carece de fin con lo cual se inhibe el límite que permitiría la existencia de otra divinidad; si aun así se sostiene neciamente la posibilidad de otra divinidad nunca la conoceríamos porque nosotros estamos inmersos en la infinitud de Dios.

La percepción de Spinoza con respecto a Dios no es de una manera física que se observe a simple vista, sino más bien de un Dios incorpóreo con una visión intelectual o universal, para que cualesquiera se una, se integre, por eso es que amar a Dios significa vivir de manera feliz, por lo tanto, no pueden existir ni reproducirse dos o más dioses, porque sería absurdo, ya que Dios es un ser infinito, Él se genera a sí mismo, lo cual, lo hace ser único en el aquí, en el ahora y en cualquier lugar del mundo. De ahí que Spinoza denomina "*ley divina* a la que tiene relación con el bien supremo; es decir, con el conocimiento verdadero y el amor de Dios" (Spinoza, 2011 B; 75).

Por ello, Dios significa perfección porque no hay nada que lo compare ni a su propia existencia, por tanto, su existencia es necesaria para la creación, es anterior a todas las cosas.

1.7 Dios es infinito

La definición que nos da Spinoza de Dios dice a la letra: "por Dios entiendo el ser absolutamente infinito, es decir, la sustancia que consta de infinitos atributos, cada uno de los cuales expresa una esencia eterna e infinita" (Spinoza, 2000; 39). Si ponemos atención a algunos de los conceptos contenidos en la definición anterior como es **absolutamente infinito** nos daremos cuenta de que Dios no tiene limitación alguna, su infinitud es absoluta. Lo que puede llevar al error de concebirlo como una sustancia finita es la finitud de la capacidad humana para comprender la infinitud de Dios, debido a que, nuestro entendimiento sólo puede captar dos de sus infinitos atributos, es decir, podemos interpretar que se reduce a ellos, por eso, Spinoza insiste en que debe comprenderse la infinitud de Dios como algo absoluto, es decir, todo lo que expresa en su esencia no implica negación.

De la infinitud absoluta de la sustancia se sigue necesariamente que solamente hay un Dios, pues no podemos concebir la posibilidad de dos sustancias infinitas porque no podríamos trazar los márgenes de una respecto a los de la otra, por tanto, trazar los límites de algo solo es posible respecto a cosas finitas. Dios siendo absolutamente infinito no posee negación alguna, de donde se sigue que no tiene margen alguno, como lo expresa con mucha certeza en la proposición 8 de la Ética:

“Toda sustancia es necesariamente infinita.

Demostración: Sustancia de un cierto atributo no existe más que una, y a su naturaleza pertenece el existir. A su naturaleza pertenecerá, pues, el existir como finita o como infinita. Pero no como finita, ya que entonces debería ser limitada por otra de la misma naturaleza, lo cual también debería existir necesariamente; y habría, por tanto, dos sustancias del mismo atributo, lo cual es absurdo. Luego existe como infinita” (Ibid;42).

Desde otra perspectiva, la infinitud de Dios o la sustancia carece de cualquier negación, es decir, es afirmación absoluta, lo cual debe entenderse que está presente en todo lo que nuestro entendimiento puede captar, más aquello que no podemos captar pero que pertenece a la esencia divina. Bien sabemos que estamos limitados a conocer solamente dos atributos de Dios, pero como señala en la proposición 11: “Dios, o sea, la sustancia que consta de infinitos atributos, cada uno de los cuales expresa una esencia eterna e infinita, existe necesariamente” (Ibid;45).

La infinitud de Dios es susceptible de conocerse desde la perspectiva de los atributos y los modos; como ya se mencionó anteriormente sólo podemos conocer dos atributos: pensamiento y extensión, no obstante al interior de cada uno de ellos podemos constatar infinitos modos que dan muestra de la infinitud de Dios como puede verse en la proposición 23: “todo modo que existe necesariamente y es infinito, debió seguirse necesariamente o de la naturaleza absoluta de algún atributo de Dios o de algún atributo modificado por una modificación que existe necesariamente y es infinita” (Ibid;58).

1.8 Dios es indivisible

En el apartado anterior se estableció, siguiendo a Spinoza, que Dios es afirmación absoluta, es decir que no posee negación alguna. Puede entenderse en el sentido de que Dios es uno sólo excluyendo la posibilidad de otras sustancias o dioses. Ahora podemos señalar su indivisibilidad a partir de su unidad. El hecho de que a nivel de razón podamos trazar divisiones o separaciones que nos permitan conocer de mejor manera a Dios no significa que estas divisiones sean reales, como lo señala la proposición 12: “no se puede concebir con exactitud ningún atributo de la sustancia, del que se siga que la sustancia puede ser dividida” (Ibid;47). Pues si fueran reales en lugar de una sola sustancia tendríamos varias, dando lugar a la existencia de varios dioses o sustancias, de donde surge un problema bastante significativo, ya que, tendríamos que preguntarnos si cada una de las partes en que dividimos la sustancia conserva la infinitud propia de la sustancia única. Así entonces, la sustancia no es divisible ni por los atributos ni por los modos, más bien estos sólo son posibles en la unidad indivisible de la sustancia. Con ello, se observa con mayor claridad:

“La sustancia absolutamente infinita es indivisible.

Demostración: Pues, si fuera divisible, las partes en que se dividiera, o mantendrán la naturaleza de la sustancia absolutamente infinita o no. Si lo primero, se darán varias sustancias de la misma naturaleza, lo cual es absurdo. Si se supone lo segundo, entonces (como antes) la sustancia absolutamente infinita podrá dejar de ser, lo cual también es absurdo” (Ibid;48).

1.9 Dios es afirmación absoluta

Para entender en qué sentido se puede hablar de la afirmación absoluta de Dios debemos partir del papel que desempeña la negación en los modos y los atributos de Dios. Spinoza nos dice que todo modo y atributo de Dios es una afirmación al mismo tiempo que una negación; la fórmula que lo resume mienta: toda afirmación es una negación o toda negación es una afirmación. Utilizando un ejemplo muy sencillo trataremos de aclarar lo anterior, cuando un objeto, pongamos por caso un

libro, se afirma como libro, es evidente que se niegue como cuaderno, lápiz o cualquier otro objeto, en su afirmación conlleva su negación. En lo que respecta a los atributos nos dice que debemos distinguir con la mayor pertinencia el atributo pensamiento del atributo extensión, lo anterior sólo es posible por medio de la afirmación-negación de cada uno de ellos; en cuanto el atributo pensamiento se afirma como pensamiento se niega como extensión, y en cuanto el atributo extensión se afirma como extensión se niega como pensamiento.

¿Podemos pensar ahora que sucede lo mismo en Dios? La respuesta es no, por las siguientes razones: a) Dios como sustancia infinita no tiene límite alguno, abarca la totalidad de lo extenso y del pensamiento, así como de la infinitud de atributos que no conocemos, no podríamos, a partir de nuestra condición humana, compararlo con nada; b) Al contener Dios la infinitud de modos y la infinitud de atributos todo está afirmado en Él, no hay negación alguna que afecte su esencia, todo lo que podemos pensar y percibir es plenitud de Dios.

De esta manera nos percatamos que en la sustancia divina como tal no hay negación alguna, pues no podemos hacernos una imagen de Él como totalidad y a partir de ella compararla con algo distinto. A los seres humanos siempre se nos da la plenitud divina.

Por otro lado, hay que distinguir entre las “leyes divinas” de las verdades eternas de Dios, de ahí que, las primeras consideran la obligación de aceptar el orden divino, como se observa con los profetas judíos que muestran las revelaciones por medio de palabras o imágenes, mientras las segundas surgen del entendimiento correcto y de un modo inmediato sin necesidad de intermediarios, pues, “en realidad, Dios obra y dirige todas las cosas por necesidad de su naturaleza y de su perfección; sus decretos y sus caprichos son verdades eternas y envuelven siempre una necesidad absoluta” (Spinoza, 2011 B; 83).

Por eso, Spinoza considera necesario la afirmación absoluta de Dios para la comprensión correcta a través de la verdad.

1.10 La libertad de Dios

El filósofo holandés distingue dos tipos de comportamiento o conducta, la primera de ellas cuando actuamos coaccionados por algo, la segunda cuando lo hacemos por nosotros mismos; a la primera de ellas la llamaré esclavitud y a la segunda libertad.

Como dice la proposición número 17: “Dios actúa por las solas leyes de su naturaleza, y no coaccionado por nadie” (Spinoza, 2000; 53); la anterior cita se puede explicar de diversas maneras, aquí nos interesa resaltar las que permiten concebir la libertad de Dios de manera clara; Dios es anterior a todo, se produce a sí mismo y actúa en función de sí mismo. Es claro, que si es anterior a todo no hay nada ajeno a Él que lo motive a actuar, por ende, actúa por sí mismo, para sí mismo y en sí mismo, en otros términos, actúa libremente.

Las leyes que otorga Dios se las da a sí mismo, cuando actúa de acuerdo con esas leyes actúa por sí mismo, puesto que, las leyes son producto de su propia divinidad. Los atributos y modos son el producto de su propia actividad y no aquello que lo motivaría a actuar. Quien piensa que Dios actúa en función de los modos y los atributos se equivoca, en realidad sucede a la inversa, Dios por su acción libre da lugar a los atributos y los modos. De ahí que:

“Si consideramos ahora con atención la ley divina natural, encontraremos: 1) que es universal, es decir, concierne a todos los hombres; nosotros la hemos deducido, en efecto, de la naturaleza humana, tomada en su generalidad; 2) que no tiene necesidad de apoyarse en la fe de los relatos históricos, sean los que quieran estos relatos, porque deduciéndose esta ley divina natural de la consideración de la naturaleza humana, se la puede concebir igualmente en el alma de Adán que en la de otro individuo cualquiera, en un anacoreta, o en un hombre que vive en las ciudades” (Spinoza, 2011 B; 78).

De esta forma podemos entender que no hay ninguna causa anterior o posterior que explique la acción divina, o como dice el corolario 1 de la proposición 17:

“De aquí se sigue: 1º) que no hay ninguna causa que inicie, extrínseca o intrínsecamente, a Dios a actuar, excepto la perfección de su misma naturaleza. Corolario 2. De donde se sigue 2º) que sólo Dios es causa libre, porque solo Dios existe por sola necesidad de su naturaleza y actúa por la sola necesidad de su naturaleza. Por consiguiente, sólo Dios es causa libre” (Spinoza, 2000; 53).

1.11 Dios como autoconocimiento

Como se veía anteriormente, Dios es el único ser que tiene libertad y actúa por las leyes de su naturaleza para mantener un orden, con infinitos atributos y modos. Una vez entendido lo anterior, no debemos olvidar que lo único que podemos conocer y comprender son los atributos de Dios y los modos de Dios, ahora bien, todos los infinitos atributos y modos de Dios suceden como suceden por la determinación libre y consciente de Dios, esto quiere decir que Dios hace las cosas en pleno conocimiento de lo que sucede en su interior, por tanto, Dios se conoce a sí mismo en todo aquello que expresa su orden y su capacidad creativa.

Que los modos sucedan tal como suceden se sigue de la necesidad del orden que les impone Dios, orden del cual Dios es consciente e impone en su propia esencia, como lo dice en proposición 33:

“Las cosas no han podido ser producidas por Dios de una manera ni en un orden distinto de cómo han sido producidas.

Demostración: Todas las cosas, en efecto, se han seguido necesariamente de la naturaleza de Dios ya dada y han sido determinadas por la necesidad de la naturaleza de Dios a existir y a obrar de cierto modo. De ahí que, si las cosas hubieran podido ser de otra naturaleza o ser determinadas a obrar de otra manera, de suerte que el orden de la naturaleza hubiera sido distinto, también la naturaleza de Dios podría ser distinta de la que ahora es; y, por tanto, también ella debería existir, y, en consecuencia, podrían darse dos o varios dioses, lo cual es absurdo. Luego las cosas no han podido ser producidas por Dios de otra manera ni en otro orden, etcétera” (Ibid;64).

La perfección de Dios inhibe cualquier posibilidad de error o desconocimiento de sí mismo, pues si Dios fuese susceptible de cometer un error no sería perfecto, del mismo modo, si Dios desconociese una parte de sí mismo sería imperfecto, pero bien sabemos que Dios es lo más perfecto y real, por ello, Dios se autoconoce a sí mismo y al conocerse muestra a su perfección.

Dios mismo da las herramientas necesarias a los seres humanos para actuar de manera consciente, un ejemplo muy claro, es la naturaleza, Él mismo la crea, para habitar de la mejor manera. En ella existen dos tipos de naturaleza, las cuales las explica Spinoza en el Escolio de la Proposición 29:

“Antes de seguir quiero explicar aquí, o más bien advertir, qué debemos entender por Naturaleza naturante y qué por Naturaleza naturada. Pues estimo que por cuanto precede ya consta que por Naturaleza naturante debemos entender aquello que es en sí y se concibe por sí, o sea, aquellos atributos de la sustancia que expresan una esencia eterna e infinita, esto es, Dios, en cuanto que es considerado como causa libre. Por Naturaleza naturada, en cambio entiendo todo lo que se sigue de la necesidad de la naturaleza de Dios, o sea, de cada uno de los atributos de Dios, esto es, todos los modos de los atributos de Dios, en cuanto que son considerados como cosas que son en Dios y no pueden ni ser ni ser concebidos sin Dios” (Ibid;62).

Entonces, Dios está consciente de lo que sucede dentro de la naturaleza, ya que, el entendimiento debe surgir a partir de ahí, por la única y simple razón de que Dios es autoconocimiento y no hay nada que se explique fuera de Él, ni de su alcance.

El entendimiento de Dios se explica de manera **naturante**, por consiguiente, Dios es autoconocimiento porque está por encima del entendimiento finito y de la misma naturaleza, Dios funciona de acuerdo con su propio orden, sin equivocarse, por lo cual, Dios tiene un entendimiento infinito y ningún ser puede producir un orden distinto ya que todo está dentro de los márgenes que Él mismo impone.

Tanto lo **naturante y naturado** tienen sus diferentes distinciones dentro de un mismo término de naturaleza.

En otras palabras, todo lo que sucede en la sustancia, en los atributos y en los modos sucede como sucede porque Dios así lo determina desde la necesidad de su actuar, esa determinación es, inevitablemente, consciente. Por ello la libertad de Dios consiste en que Él quiere que las cosas sucedan necesariamente como suceden. La relación entre la conciencia y la necesidad es absoluta, o, en otros términos, Dios conscientemente decide que lo que es sea como es, por ende, podemos hablar de que todo lo que sucede en la sustancia infinita es conocido por la misma. Seguido de ahí:

“Cuantas más cosas ha llegado a conocer la mente, mejor comprende también sus propias fuerzas y el orden de la Naturaleza, y cuanto mejor entiende sus fuerzas, tanto mejor puede también dirigirse a sí mismo y darse reglas; y cuanto mejor entiende el orden de la naturaleza, más fácilmente puede liberarse de esfuerzos inútiles” (Spinoza, 1988; 90).

Así se demuestran las diferencias correspondientes entre Dios y naturaleza para luego unir las una con la otra, ya que es necesario que exista Dios para la naturaleza y la naturaleza para Dios, es decir, que exista una univocidad entre ambas con el fin de tener un preciso orden.

Capítulo II. En torno al ser humano

2.1 Sobre el ser humano

De lo señalado en el primer capítulo de esta investigación podemos concluir la existencia necesaria de Dios, de sus infinitos atributos y de sus infinitos modos. Bien sabemos que, de esos infinitos modos, nosotros solo conocemos dos: la extensión y el pensamiento. De cierto modo, del atributo extensión se explica la totalidad de las cosas extensas, y del atributo pensamiento se explica la totalidad de los modos del pensamiento, aunque en realidad ambos atributos siempre coinciden por la razón de que no hay nada extenso que no sea un pensamiento de Dios y, por ende, todo lo extenso tiene la forma o la esencia que Dios piensa para esa cosa, por lo cual, podemos decir, que tanto el atributo pensamiento como el atributo extensión, siempre van anudados.

En el caso del hombre esto se percibe con mayor claridad, dado que, en él podemos observar con toda claridad que se constituye por cuerpo y pensamiento. Como se señala en la *Ética* que, “el orden y la conexión de las ideas es el mismo que el orden y la conexión de las cosas” (Spinoza, 2000; 81). Todo lo que se percibe por el entendimiento es propio de la esencia de la sustancia infinita, ya que es única, ahora bien, tanto la sustancia pensante y la sustancia extensa, son un mismo orden y conexión.

Por eso, Spinoza propone un nuevo modelo, que lleva por nombre *paralelismo*: “no consiste solamente en negar cualquier relación de causalidad real entre el espíritu y el cuerpo, sino que prohíbe toda primacía de uno de ellos sobre el otro” (Deleuze, 2004; 28).

Hay que comprender que en el caso del ser humano la relación entre cuerpo y alma tiene una naturaleza especial, dado que, el pensamiento o alma nos permite captar a nuestro cuerpo como constitutivo de nuestro modo de ser, tal como lo afirma Spinoza:

“Para cada cuerpo de la naturaleza existe una idea de ese cuerpo; para cada figura triangular existe una idea de esa figura. De un modo semejante, para todo aquello que llamaríamos ordinariamente un cuerpo

humano existe una idea de ese cuerpo, y tal idea es lo que ordinariamente llamamos un alma humana” (Hampshire, 1951; 50).

Por otra parte, Spinoza es muy claro en señalar la condición finita del ser humano, pues al ser un modo del atributo pensamiento y el atributo extensión, su esencia no implica su existencia. Bien sabemos que la única esencia que implica necesariamente su existencia es la divina y los atributos que la constituyen, pero en el caso de los modos su existencia es finita y, por ende, no está implicada en su esencia. Ciertamente el ser humano posee mayor realidad que los entes meramente extensos, pero de ahí no se sigue que su esencia implique su existencia, como lo establece con toda claridad: “la idea de una cosa singular, que existe en acto, tiene como causa a Dios, no en cuanto que es infinito, sino en cuanto que se considera que está afectado por la otra idea de una cosa singular que existe en acto, de la cual también Dios es causa, en cuanto que está afectada por otra, y así al infinito” (Spinoza, 2000; 83).

2.2 Sobre el conocimiento del alma del hombre

El alma es una especie de guía, apta para reflexionar, experimentar, regularizar los apetitos y sobrellevar aspectos que sin ella el cuerpo no podría realizar. Los atributos pensamiento y extensión tienen su naturaleza en Dios, dándose así la posibilidad del alma, que es pensamiento, mientras el atributo extensión da la posibilidad del cuerpo humano. Hay una coincidencia entre el alma y cuerpo, lo que está sucediendo en uno u otro es importante para ambos, pero ni es más importante el cuerpo ni el alma, no es una competencia sino una unión. Se demuestra con la siguiente proposición:

“Todo cuanto sucede en el objeto de la idea que constituye el alma humana, debe ser percibido por el alma humana, o sea, que de esa cosa se dará necesariamente una idea en el alma. Y así, si el objeto de la idea que constituye el alma humana es un cuerpo, no podrá suceder nada en ese cuerpo, que no sea percibido por el alma. Demostración: En efecto, de todo cuanto sucede en el objeto del alma humana, se da necesariamente su conocimiento en Dios, en cuanto que se le considera afectado por la idea de ese objeto, esto es, en cuanto que constituye el

alma de alguna cosa.

Así, pues, de cuanto sucede en el objeto de la idea que constituye el alma humana, su conocimiento se da necesariamente en Dios, en cuanto que constituye la naturaleza del alma humana, esto es, su conocimiento estará necesariamente en el alma, o sea, que el alma lo percibe” (Ibid;86).

La mayoría de los hombres se creen libres por el único motivo de que son conscientes de sus acciones, pero ignoran las causas por las que son determinados, y, además, las decisiones del alma no son otra cosa que los mismos apetitos y por eso son tan variados como la disposición del cuerpo, porque cada uno regula todo. Cuando esto sucede el ser humano se ve sometido por lo externo y, por lo tanto, está esclavizado.

Actuar libremente es posible a partir de no depender de la situación sino más bien de que la acción surja de sí mismo, para ello el alma tiene que regular al cuerpo, esto es, para vivir éticamente las acciones que se siguen de una libertad que es parte de la naturaleza del alma. Por lo tanto, “un alma humana posee una potencia o perfección más grande o pequeña en la medida en que el cuerpo del que es idea tiene mayor o menor potencia y perfección: la inversa deber ser también cierta” (Hampshire, 1951; 50).

2.3 Sobre el conocimiento del cuerpo del hombre

El ser humano se identifica por sus funciones y sus efectuaciones materiales, como el movimiento del cuerpo, la salud, el lenguaje, entre otros. Aunque no se llega a saber con certeza las capacidades al cien por ciento, no impide que sí se sepan la mayoría. Así como no podemos concebir el alma sin el cuerpo tampoco podemos concebir el cuerpo sin el alma. Los diversos afectos que experimenta el cuerpo son percibidos de manera inmediata por el alma sin que haya separación o posibilidad de error en este conocimiento. Se conoce al cuerpo a través del alma y al alma a través del cuerpo. Es decir:

“En la medida en que el alma no es sino la idea de un cuerpo singular en acto, las ideas que formamos dependen del estado de nuestro cuerpo. En cuanto mayores sean la potencia y la complejidad del cuerpo, que Spinoza llama aptitud <<para obrar o padecer muchas cosas a la vez>>. Comprendemos más y mejor cuanto más existimos” (Allendesalazar, 1988; 28).

La idea que excluye la existencia de nuestro cuerpo no puede darse en nuestra alma, sino que le es contraria, ya que todo lo que puede destruir nuestro cuerpo, no puede darse en él y, por tanto, tampoco la idea de esa cosa puede darse en Dios, en cuanto que tiene la idea de nuestro cuerpo, esto es, la idea de aquella cosa no se puede dar en nuestra alma. Por el contrario, lo primero que constituye la esencia de nuestra alma, es la afirmación de la existencia de nuestro cuerpo y, por consiguiente, la idea que niega la existencia de nuestro cuerpo es contraria a nuestra alma. Spinoza propone a tomar el cuerpo como modelo de la siguiente manera:

“Se trata de mostrar que el cuerpo supera el conocimiento que de él se tiene, y que el pensamiento supera en la misma medida la conciencia, que cosas en el cuerpo que superan nuestro conocimiento. No hay menos cosas en el espíritu que superan nuestra conciencia, que cosas en el cuerpo que superan nuestro conocimiento. Solo por un único e igual movimiento llegaremos, si es que es posible, a captar la potencia del cuerpo más allá de las condiciones dadas de nuestro conocimiento, y a captar la potencia del espíritu más allá de las condiciones dadas de nuestra conciencia” (Deleuze, 2004; 28).

Mientras ambos elementos de nuestra humanidad persisten nuestra existencia está en acto, el día que una de ellas falta se destruye la totalidad de nuestro ser.

“Cuando la potencia de actuar del cuerpo se intensifica gracias a un encuentro positivo, el alma deja de percibir su cuerpo y los demás cuerpos singulares de manera aislada, y al establecer relaciones entre los distintos cuerpos se fija en aquello que le es común, en lo que se da igualmente en la parte de un cuerpo cualquiera y en el todo y comienza de esta manera a conocer” (Allendesalazar, 1988; 29).

2.4 Sobre el conocimiento claro y distinto

Todo comienza y termina en Dios. Ese es el conocimiento más elevado al que puede llegar un ser humano. Como ya se explicó líneas arriba, Dios posee infinitos atributos, de los cuales los humanos pueden conocer dos: pensamiento y extensión. Así, para referirse a la idea del ser humano es necesario que el alma y el cuerpo existan en Él, ya que:

“Los seres humanos son, en expresión popular, partes de la naturaleza, pero pueden ser partes más o menos subordinadas, y su grado de subordinación depende de los distintos grados de desarrollo de la potencia de sus almas y cuerpos, de su personalidad global” (Hampshire, 1951; 51).

Debemos reconocer que todo inicia con Dios que es infinito, pues, no finge nada porque es posible, no lo limita nada y se continua con los atributos hasta llegar a los modos, de igual forma, podemos ir de los modos a la esencia divina. Puesto que:

“Solo puede entenderse los modos transitorios o finitos, y solo puede deducirse su esencia o naturaleza, en cuanto efectos de los modos infinitos y eternos, y, en ese sentido son dependientes por respecto a los modos del orden más elevado. El modo infinito y eterno del atributo de la Extensión se llama Movimiento y Reposo” (Hampshire, 1951; 52).

El conocimiento claro y distinto si bien es primigenio del orden ontológico, no obstante, Spinoza epistemológicamente demuestra cuatro niveles de verdad para llegar al conocimiento claro y distinto:

El primer modo, es una percepción a oídas, es decir, es un conocimiento común, ya que está sujeto al error porque son ideas que se mencionan y de lo que no hemos sido testigos de primera mano, por ejemplo, nuestra fecha de nacimiento. En otras palabras:

“Es evidente que la percepción de oídas, aparte de que es sumamente insegura, no capta la esencia de ninguna cosa. Y como según después se verá, la existencia singular de una cosa no es conocida sin que se conozca también su esencia, concluimos claramente de ahí que toda

certeza obtenida de oídas debe ser excluida de las ciencias. Ya que lo simplemente oído, sino se lo ha entendido previamente, no podrá nunca afectarnos” (Spinoza, 1988; 85).

El segundo modo, es una percepción por experiencia vaga, se da a través de los sentidos, ya que no se deja llevar fácilmente por lo que mencionan, sino se comprueba de manera particular o por los testimonios de los otros, pero, aun así, está sujeto al error. Pues:

“Tampoco cabe decir que proporcione a nadie la idea de la proporción buscada. Ya que, aparte de que es una cosa sumamente insegura e interminable, nadie percibirá jamás de esta forma, en las cosas naturales, nada más que accidentes, los cuales no se entienden claramente sin que las esencias sean previamente conocidas. También hay que excluir, pues, este segundo modo” (Ibid;85).

El tercer modo, es una percepción por deducción inadecuada, surge de la propagación de nuestras experiencias, aun así, no es necesariamente verdadero, ya que se basa solamente en la propagación, pero no en el conocimiento adecuado que implica la acción. Es decir:

“Hay que decir, de algún modo, nos proporciona la idea de la cosa y que además nos permite sacar una conclusión sin peligro de error; no obstante, no constituye por sí mismo un medio para adquirir nuestra perfección” (Ibid;85)

El cuarto modo, es una percepción por deducción adecuada, en otras palabras, se logra captar un conocimiento claro y distinto. “Sólo, pues, el cuarto modo de percepción comprende la esencia adecuada de la cosa y sin peligro alguno de error, por lo que es también el que más debe ser empleado”. (Ibid;85).

Por ello, lo que Spinoza quiere es que aprendamos a vivir con un conocimiento claro y distinto de la naturaleza, que no es otra cosa sino Dios, y que de este conocimiento se siga una existencia feliz*.

* En su etapa más madura Spinoza, ya no concibe esta secuencia de cuatro niveles de verdad, antes bien de tres, lo cual se analizará de manera específica en la pág. 78.

2.5 Sobre el error

Por el contrario, el error se da a partir de la imaginación (imaginamos cosas que en realidad no existen) creando afectos que disminuyen nuestra potencia, es decir, que si imaginamos los objetos de forma individual pueden convertirse en un afecto que disminuya nuestra capacidad de actuar y, por ende nuestro ser, por ejemplo, cuando el cuerpo experimenta temor respecto a un objeto inexistente (como el demonio) lo que va a resultar es que hay variaciones de ánimo que impiden que nuestra existencia se despliegue con alegría y potencia. Para Spinoza:

“La conciencia es sinónimo de ficción porque supone el situarse a sí mismo como punto de referencia. La conciencia implica la posición de un sujeto cuyo privilegio sobre los objetos exteriores paga mediante el desconocimiento absoluto de la existencia de las causas, que le afectan o le determinan a actuar. Creemos que somos libres porque somos conscientes de lo que queremos, aunque ignoremos por qué, y precisamente la conciencia, al actuar como la más potente de las ilusiones, se transforma en obstáculo que nos impide comprender las causas, de nuestras diversas acciones” (Allendesalazar, 1988; 32).

Las imaginaciones negativas destruyen la posibilidad de un conocimiento claro y distinto provocando que los afectos de tristeza, ira o enojo tomen posesión de nuestra humanidad y nos hagan padecer sus efectos de manera excesiva. Por eso mismo al atraer imaginaciones negativas surgen nuevas impotencias en las que se impide actuar adecuadamente en la naturaleza. Se menciona que:

“A fin de comenzar a indicar qué es el error, quisiera que observéis que las imaginaciones del alma, consideradas en sí mismas, no contienen error alguno, es decir, que el alma no yerra por imaginar, sino tan sólo en cuanto que se considera que carece de una idea que excluya la existencia de aquellas cosas que imagina presente. Porque, si el alma, mientras imagina las cosas no existentes como presentes a ella, supiera a la vez que esas cosas no existen realmente, atribuiría esta potencia de imaginar a una virtud, y no a un vicio de su naturaleza; sobre todo, si esta facultad de imaginar dependiera de su sola naturaleza, esto es, si esta facultad de imaginar fuera libre” (Spinoza, 2000; 95).

Por eso, si entendemos el orden correcto de la naturaleza se da las cosas buenas como la felicidad y la alegría, ya que, no se reprimen los sentimientos y tanto el cuerpo y el alma se dan con una mejor potencia.

Si por el contrario imaginamos cosas inexistentes creamos afectos que impiden la correcta manifestación de nuestra corporalidad y del alma. No obstante, “también nos libramos de este error con tal que nos esforcemos en examinar todas nuestras percepciones según la norma de la idea verdadera dada. Procurando evitar, las que adquirimos de oídas o por experiencia vaga” (Spinoza, 1988; 75).

2.6 La acción del alma y cuerpo

El alma sin cuerpo no puede ser. El conocimiento del alma se refiere a Dios en cuanto Éste crea la esencia del alma humana y por lo tanto es su origen, es así como el conocimiento de estas ideas se da en la misma alma humana cuando conoce de forma adecuada, luego el alma humana se conoce así misma en ese sentido como producto de la divinidad.

Puesto que, “la idea cuyo *ideatum* es el cuerpo humano, es decir, el alma humana, también es más excelente y contiene más realidad, y tiene que reflejar una esfera de causas relativamente más amplia” (Hampshire, 1951; 56).

Las partes del cuerpo humano no pertenecen a la esencia del alma, ya que solo constituyen al cuerpo desde el atributo extensión. No obstante, entre ellos hay una relación que no puede suprimir ninguna de las partes, pues si eso sucede se aniquila la totalidad. Eso lo demuestra la proposición 39: “la idea de aquello que es común y propio del cuerpo humano y de algunos cuerpos exteriores por los que el suele ser afectado y, que está igualmente en la parte y en el todo de cualquiera de ellos, también será adecuada en el alma” (Spinoza, 2000; 105).

Existen dos tipos de ideas bajo las cuales los seres humanos actuamos y que pueden cambiar las percepciones que influyen en nuestra vida. Primero, se encuentran las ideas adecuadas que se perciben en el entendimiento de manera clara y distinta. Teniendo en cuenta que:

“Las ideas son tanto más perfectas cuanto más realidad o perfección expresen de un objeto; las ideas que el espíritu forma absolutamente expresan, pues, la infinidad. El espíritu concibe las cosas bajo la especie de la eternidad, pero por que posee una idea que, bajo esa especie, expresa la esencia del cuerpo. Parece que la concepción de lo adecuado en Spinoza no se separa de tal naturaleza expresiva de la idea” (Deleuze, 1996; 11).

Por otra parte, se dan las ideas inadecuadas cuando en la imaginación se padece algo, no puede ser entendido y al no analizarlo de manera correcta los pensamientos se vuelven parciales o incomprensibles.

“En pocas palabras, las condiciones en que conocemos las cosas y somos conscientes de nosotros mismos nos condenan *a no tener más que ideas inadecuadas*, confusas y mutiladas efectos separados de sus propias causas. Por eso no podemos pensar que los niños son felices, o perfecto el primer hombre; pues ignorante de sus causas y naturalezas, reducidos a la conciencia del acontecer, condenados a sufrir efectos cuya ley no llegan a comprender, son los esclavos de cada cosa, ansiosos e infelices en la medida de su imperfección” (Deleuze, 2004; 30).

Ahora bien, las ideas adecuadas generan acciones que se dan de manera correcta y comprensible aumentando la alegría, felicidad y las actitudes positivas. Lo cual se confirma en la proposición 3 del capítulo III: “las acciones del alma surgen solo de las ideas adecuadas; las pasiones, en cambio, solo dependen de las ideas inadecuadas” (Spinoza, 2000; 131). Las acciones se dan en las afecciones como producto de un entendimiento correcto, y se constatan en los modos de estados de ánimo en una persona, pues relaciona su pensamiento y materia con Dios.

2.7 La pasión del alma y cuerpo

Las pasiones consisten en ideas negativas o parciales, que provocan afecciones como la ira o dolor y son producto de ideas inadecuadas. De aquí se sigue que el alma está sometida a tantas más pasiones cuantas más ideas inadecuadas tiene, cuando nos dejamos llevar por pensamientos incorrectos.

“Spinoza denuncia tres figuras ejemplares distintas: El hombre de pasiones tristes, el hombre que sirve de estas pasiones tristes, que las necesita para asentar su poder, el hombre a quien entristece la condición humana, las pasiones del hombre en general (y puede burlarse de ellas como indignarse, que esta misma irrisión es un mal reír)” (Deleuze, 2004; 36).

Se deja ver en las pasiones un vínculo entre el tirano y el esclavo, ya que, el tirano, necesita la tristeza del espíritu para tener éxito y, por el contrario, el esclavo necesita un tirano a modo de salvación para triunfar y ser merecedor. La única unión que se da entre ambos es la aversión y resentimiento contra la vida. Por ello:

“La Ética dibuja el retrato del hombre del resentimiento para quien toda felicidad es una ofensa y que hace de la miseria o la impotencia su única pasión. Y los que saben desanimar en lugar de fortificar los espíritus se hacen tan insoportables para sí mismos como para los demás” (Ibid;36).

Spinoza denuncia todos esos pensamientos ya que, nos separan de la vida y nos vinculan a tener simples imaginaciones. Así que, el alma tiene que aprender a moderar las pasiones, logrando con esto, que nuestro ser no se vea disminuido y, por el contrario, incentivar aquello que potencia nuestro ser, que nuestra vida sea virtuosa de manera eficiente, pues más a menudo, “son la pasión y las afecciones a ciegas que nos encadenan al presente y a su objeto propio, sin cuidado de los demás objetos ni del porvenir” (Spinoza, 2011 B; 92). Es necesario que los seres humanos nos inclinemos hacia una vida ética donde motive las acciones de la humanidad, que sean de la mejor manera y favorables para toda la sociedad.

Capítulo III. De los afectos

3.1 Los afectos y la norma de vida de los hombres desde las leyes comunes de la naturaleza

Después de haber explicado la naturaleza y las leyes de la sustancia divina, de los infinitos atributos que la constituyen y de los modos que la expresan. Spinoza se propone reflexionar el modo de vida que debe seguirse de ese conocimiento, esto comprueba que, “nada es necesariamente verdadero sino por el solo decreto divino, es evidente que las leyes universales de la naturaleza son los decretos mismos de Dios que resultan necesariamente de la perfección de la naturaleza divina” (Spinoza, 2011B; 103). Si nosotros conocemos y comprendemos el funcionamiento de la Divinidad es claro que no podemos seguir viviendo como si no lo conociéramos, pues, “Dios cuida, no solo el género humano, sino de toda la naturaleza” (Ibid;109). El conocimiento verdadero de la sustancia debe incitar una transformación real en nuestro modo de habitar el mundo.

El filósofo se percató de que hay tres modos en los cuales los seres humanos llevan a cabo su existir: 1) Los que viven fuera del orden de la naturaleza, es decir, buscan normas de vida artificiales o convencionales, por ende, viven en el extravío; 2) Los que consideran que son un imperio al interior de otro imperio, reinos totalmente independientes y por ende ajenos; 3) Los que viven en el orden de la naturaleza, respetando sus leyes.

Estos últimos son los que viven una vida ordenada pues armonizan su ser en el orden de la naturaleza. No obstante, a pesar de la existencia de estos seres humanos Spinoza considera que no hay un estudio que nos muestre un conocimiento claro y distinto consciente del orden de la naturaleza y su relación con los afectos y acciones que el hombre debe padecer o actuar. De ahí la necesidad de efectuar un estudio que permita entender con toda claridad esta relación, a lo cual se dedica utilizando el método geométrico, para poder comprender el origen y función de los afectos en la naturaleza humana y el poder que el alma tiene sobre ellos.

Pues, los afectos forman parte de la totalidad de la naturaleza divina y no pueden ser excluidos de nuestra constitución. Para ello se establece lo siguiente:

“Pero mi razón es ésta: que nada sucede en la naturaleza que pueda ser atribuido a un vicio suyo. Porque la naturaleza es siempre la misma, y una y la misma en todas partes es su virtud y potencia de actuar; es decir, que las leyes y reglas de la naturaleza, según las cuales se hacen todas las cosas y se cambian de unas formas en otras, son en todo tiempo y lugar las mismas; y, por tanto, una y la misma debe ser también la razón de entender la naturaleza de las cosas, cualesquiera que sean, a saber, por medio de las leyes y reglas universales de la naturaleza. Así, pues, los afectos de odio, ira, envidia, etc., considerados en sí mismos, se siguen de la misma necesidad y virtud de la naturaleza que las demás cosas singulares; y admiten, por tanto, ciertas causas por las que son entendidos y tienen ciertas propiedades tan dignas de nuestro conocimiento como las propiedades de cualquier otra cosa, cuya simple contemplación nos agrada. Trataré, pues, de la naturaleza y la fuerza de los afectos y del poder del alma sobre ellos con el mismo método con que he tratado anteriormente a Dios y del alma, y consideraré las acciones humanas y los apetitos como si se tratara de líneas, planos o cuerpos” (Spinoza, 2000; 126).

Es importante entender que el orden de la naturaleza en cuanto orden divino es siempre verdadero y correcto. Dios nunca se equivoca. Los que podemos equivocarnos somos los seres humanos, pues respecto a ese orden podemos mantener dos relaciones distintas: a) La primera, una relación adecuada que comprenda el orden de la naturaleza y despliegue su existencia de la mejor manera en armonía con ella; b) la segunda, una relación inadecuada en donde el entendimiento no alcanza a comprender el verdadero orden de la naturaleza y la imaginación se ve impulsada a imaginar cosas inexistentes que, al padecerlas merman la capacidad de actuar.

Por eso le parece muy importante clarificar que si bien los atributos están todos ellos contenidos en la sustancia eso no implica que imaginemos que el atributo pensamiento influye en el atributo extensión o viceversa. Cuando esto ocurre

imaginamos, a nivel del ser humano, que el alma influye en nuestra corporalidad o que nuestra corporalidad influye en el alma como si pudiese influir lo extenso en el pensamiento o el pensamiento en lo extenso, por eso, desde ahora, “los afectos habrán de ser comprendidos a partir de la extensión, es decir, a partir de la materialidad que le es propia” (Allendesalazar; 1988; 62). En líneas anteriores, se ha mostrado que, si bien ambos atributos están anudados en nuestra condición de seres humanos, eso no debe llevarnos a la confusión de una posible determinación del uno hacía el otro, como bien lo dice la proposición 2 de la tercera parte de la *Ética*: “ni el cuerpo puede determinar al alma a pensar, ni el alma puede determinar al cuerpo al movimiento ni al reposo, ni a alguna otra cosa (si es que la hay)” (Spinoza, 2000; 128).

Cuando erróneamente consideramos que el cuerpo domina al alma o el alma domina al cuerpo imaginamos que la libertad humana radica en esta condición de poder impedirle algunas cosas al cuerpo e incitarle algunos pensamientos al alma. Para Spinoza es necesario superar esa visión equivocada de la libertad y comprender que la verdadera libertad radica en efectuar los afectos de los que conocemos sus causas. Y que la no libertad radica en efectuar los afectos de los que no conocemos sus causas. Así la libertad se consigue por medio de la comprensión del orden natural y divino y de acciones acordes con ese orden, mientras que, la esclavitud se da en el desconocimiento del orden natural y divino y con acciones en desacuerdo con el mismo, como lo señala con toda claridad en la demostración de la proposición 3 de esta parte de la *Ética*: “Ahora bien, en la medida en que el alma tiene ideas inadecuadas, padece necesariamente. Luego, las acciones del alma sólo se siguen de las ideas adecuadas, y, por tanto, el alma sólo padece porque tiene ideas inadecuadas” (Ibid;131).

3.2 Conatus

Spinoza, afirma a través de la noción de conato, la manera en que se presenta la esencia de las cosas, así cada modo, independientemente de su constitución se esfuerza en afirmar o perseverar en su ser, como queda claramente expresado en la proposición 7 de la tercera parte de la *Ética*: “El conato con que cada cosa se esfuerza en perseverar en su ser, no es nada más que la esencia actual de la

misma” (Ibid;133). En cada modo, ya sea extensión o pensamiento o cuando coinciden los dos hay un esfuerzo por continuar siendo.

El orden de ideas que surge a través del pensamiento del filósofo holandés es mencionado a continuación, 1ª) Dios parte solo de las ideas adecuadas, 2ª) las acciones que se dan a partir del alma surgen de las ideas adecuadas, 3ª) las pasiones dependen de las ideas inadecuadas. Es decir, que, para Dios, cualquier idea ya sea adecuada o inadecuada que contenga la esencia del alma de cualquier ser finito solo será causa parcial y no total. En efecto:

“Un sentimiento, cualquiera sea, determina nuestra esencia o *conatus*. Nos determina, pues, a desear, es decir, a imaginar y a hacer algo que deriva de nuestra naturaleza. Cuando el sentimiento que nos afecta conviene él mismo con nuestra naturaleza, nuestra potencia de actuar se encuentra pues necesariamente aumentada o ayudada. Pues esta dicha se agrega ella misma al deseo que se colige, de manera que la potencia de la cosa exterior favoriza y aumenta nuestra propia potencia. Siendo el *conatus* nuestro esfuerzo de perseverar en la existencia, es siempre búsqueda de lo que nos es útil o bueno” (Deleuze, 1996; 232).

Para que el alma potencié su conato a través de las ideas claras y distintas, es necesario que implique la existencia de un cuerpo, así se eleva a un nivel más alto de perfección, pero cuando surge el caso contrario, la potencia del alma disminuye, afecta al cuerpo a través de la imaginación, ya que no le permite ver de manera clara y distinta, esto es porque, mientras el alma parte de lo que el cuerpo le favorece, el cuerpo es afectado por otros distintos modos que pueden favorecer o disminuir su potencia del alma. Esto no implica que la potencia del alma se aleje sino más bien, se esfuerza por imaginar. Ya que, la importancia del *conatus*:

“Consiste en que atempera una explicación del mundo físico que, de otro modo pareciera demasiado crudamente mecánica o atomística. Tal doctrina implica nuestras distinciones corrientes entre subsistemas dentro del único sistema físico de la Naturaleza tienen cierta justificación en la realidad, aunque dichos subsistemas no pueden representarse nunca como sustancias auténticamente independientes, pues ello implicaría que sus estados pueden entenderse sin referencia al orden

de causas del sistema omniabarcante” (Hampshire, 1951; 57).

El conato lo efectuamos independientemente de si tenemos ideas claras y distintas o confusas, pues a pesar de que estemos en el error insistimos en nuestra permanencia. Luego, a partir del deseo de existir, surgen otros afectos primarios que son, la alegría y la tristeza que son muy significativos para el filósofo holandés tal como lo afirma en el Escolio de la proposición 11 de la tercera parte de la *Ética*:

“Vemos, pues, que el alma puede sufrir grandes cambios y pasar ora a una mayor ora a una menor perfección; y estas pasiones nos explican los afectos de la alegría y tristeza. En lo sucesivo entenderé, pues, por *alegría* la pasión por la que el alma pasa a una perfección mayor; por *tristeza*, en cambio la pasión por la que la misma pasa a una perfección menor” (Spinoza, 2000; 134).

Por eso es necesario que cada ser finito, aprenda a moderarse y esforzarse para que la potencia del alma no recaiga en la imaginación, ya que, eso conlleva a reprimir su potencia. Así mismo, lo demuestra el corolario de la proposición 13 de la tercera parte de la *Ética*: “de aquí se sigue que el alma rehúye imaginar aquellas cosas que disminuyen o reprimen su potencia y la del cuerpo” (Ibid;136).

Recordemos que los afectos pueden disminuir o aumentar nuestra potencia, significando que:

“Nosotros en cuanto seres conscientes, no recogemos sino los efectos de estas composiciones y descomposiciones; experimentamos *alegría* cuando un cuerpo se encuentra con el nuestro y se compone con él, cuando una idea se encuentra con nuestra alma y se compone con ella, o, por el contrario, *tristeza* cuando un cuerpo o una idea amenazan nuestra propia coherencia. Nuestra situación es tal que solo recogemos “lo que le sucede” a nuestro cuerpo, o “lo que le sucede” a nuestra alma, es decir, el efecto de un cuerpo sobre el nuestro, el efecto de una idea sobre la nuestra” (Deleuze, 2004; 29).

Entender la potencia de nuestro ser con acciones correctas da como resultado dentro del modo pensamiento el afecto *alegría*, logrando como causa exterior en el cuerpo el amor, donde ama y persevera. Mientras, al imaginar la potencia de nuestro

ser con acciones no correctas, provoca, dentro del modo pensamiento el afecto de odio logrando como causa exterior en el cuerpo el odio que aleja y disminuye.

“Estas afecciones determinantes son necesariamente la causa de la conciencia del conatus. Y como las afecciones no pueden separarse del movimiento por el que nos conducen a una perfección mayor o menor (alegría o tristeza), según si la cosa con la que nos encontramos se compone con nosotros o, por el contrario, tiende a descomponernos” (Ibid;31).

No importa si la potencia del alma es afectada por dos o más afectos, ambas causas la pueden definir, tanto que aumente o disminuya o que ni aumente o disminuya, es decir, que esta causa eficiente depende del actuar de cada ser finito, pues la imaginación que se da a través de la extensión que repercute en el alma, así lo menciona la proposición 16 de la tercera parte de la *Ética*: “por el hecho de que imaginamos que una cosa tiene algo semejante a un objeto que suele afectar al alma de alegría o tristeza, aunque aquello en que la cosa es semejante al objeto no sea la causa eficiente de estos afectos, la amaremos o la odiamos” (Spinoza, 2000; 138).

Ahora bien, cada ser humano tiene su tiempo de existencia indefinido, ninguno sabe en qué momento va a dejar de existir, pero mientras permanecemos es necesario insistirnos en desarrollar el conato y no perder nuestra esencia. Lo comprobamos con el siguiente pensamiento:

“El objeto que conviene a mi naturaleza me determina a formar una totalidad superior, que nos comprende a él mismo y a mí. El que no me conviene pone mi cohesión en peligro y tiende a dividirme en subconjuntos que, en el límite entran en relaciones incompatibles con mi relación constitutiva (muerte)” (Deleuze, 2004; 32).

3.3 De las causas que incrementan la alegría

Como hemos visto en las líneas anteriores, Spinoza establece con toda claridad una relación precisa entre el alma y el cuerpo con la alegría como un aumento de su potencia de actuar y, por ende, como la consecución de una perfección mayor. Por

ello, dedica un minucioso análisis que nos permita comprender con la mayor lucidez los diversos matices y afectos que se van dando a partir de la intensidad del afecto tanto en el cuerpo como en el alma. Siendo:

“El *conatus* nuestro esfuerzo de perseverar en la existencia, es siempre búsqueda de lo que nos es útil o bueno; comprende un grado de nuestra potencia de actuar al que se identifica: esta potencia *aumenta*, pues cuando el *conatus* es determinado por una afección que nos es útil o bueno” (Deleuze, 1996; 232).

Spinoza distingue con precisión que al interior de la alegría se despliegan varios afectos que incrementan la potencia, por ejemplo:

La **jovialidad** afecta al ser humano cuando la totalidad del alma y del cuerpo son invadidos en la misma proporción. Es un afecto que atraviesa todo nuestro cuerpo y toda nuestra alma, un estado en el que nos sentimos invadidos desde nuestros pies hasta nuestra cabeza lo mismo que en nuestros pensamientos. La jovialidad es uno de los afectos que mayor alegría nos causa y nos permite alcanzar el máximo grado de perfección.

El **placer** afecta al ser humano únicamente cuando una parte de su alma y de su cuerpo está más invadida que las demás. El ser humano es susceptible de experimentar *placer* en diversas partes de su cuerpo sin que las demás se vean afectadas, sucede cuando degustamos un alimento que nos agrada mucho, nuestro paladar experimenta el *placer* producido por el sabor del alimento mientras que nuestras manos o cualquier otra parte de nuestra constitución permanece ajena, así podemos comprender cómo el *placer* sólo afecta a una sección de la extensión y pensamiento.

El **amor** surge cuando amamos aquellos objetos que causan en el alma ideas con las cuales alcanzamos mayor perfección, los cuidamos y damos todo de sí mismos para que todo sea recíproco, provoca un aumento de la potencia tanto del alma como del cuerpo, es decir, “es la alegría acompañada de la idea de una causa exterior” (Spinoza, 2000; 171).

La **devoción** sucede cuando externamos nuestra alegría hacia una persona o cosa por su esfuerzo propio, es decir, “es el amor hacia el que admiramos” (Ibid;171).

La **seguridad** es una respuesta certera respecto a una acción, pues, “es la alegría surgida de la idea de una cosa futura o pasada, cuya causa de duda ha desaparecido” (Ibid;171).

La **grata sorpresa**, se da cuando dejas de frecuentar a un ser querido y de pronto un día llegas de visita a su casa y lo alegras con tu presencia, es decir, “es la alegría acompañada de la idea de una cosa pasada que sucedió contra lo esperado” (Ibid;172).

El **aprecio** surge cuando sientes esa alegría por lo bueno que ha hecho la otra persona hacia cualquier ser humano, en otras palabras, “es el amor hacia alguien que hizo bien a otro” (Ibid;173).

La **misericordia** se puede representar cuando alguien se encuentra en una enfermedad o situación difícil y sus amigos más cercanos lo apoyan sin importar lo demás, están en las buenas y en las malas, pues “es el amor, en cuanto que afecta de tal manera al hombre, que goza con el bien del otro, y, al revés, se entristece con el mal del otro” (Ibid;173)

El **contento de sí** implica felicidad, ya que, “es la alegría surgida del hecho de que el hombre se contempla a sí mismo y su potencia de actuar” (Ibid;173).

La **gloria** significa gozar, debido a que, “es la alegría acompañada de la idea de alguna acción nuestra, que imaginamos ser alabada por otros” (Ibid; 174).

Una de sus intenciones de la filosofía de Spinoza, es que los seres humanos alcancen una mayor potencia y, por ende, una mayor alegría. Pues al aumentar la potencia del cuerpo aumenta su propia potencia. En otras palabras, los seres humanos efectuamos el conato no tan solo para permanecer siendo lo que somos sino también para potenciarlo al máximo con *jovialidad*. Cuando el alma se topa con un objeto exterior que disminuye la capacidad de acción del cuerpo y de pensamiento del alma, esta última se esfuerza por recordar aquellas cosas que le permitan superar la disminución causada por el objeto que la entristece; en otras

palabras, cada ser humano se esfuerza por superar las situaciones de tristeza que ocurren en la vida, tal como sucede cuando, al perder un ser querido, somos presas de una profunda tristeza, no obstante, nos esforzamos por salir de ella a partir de recordar momentos de alegría causados por el ser querido recién perdido. Lo cual, hace patente la determinación propia del ser humano por vivir una existencia en donde el dolor o la tristeza no sean la constante.

3.4 De las causas que disminuyen la alegría

Aunque existan afectos que surjan de la alegría, no son lo que parecen, ya que no afirman una seguridad en sus acciones y en lugar de aumentar su potencia la disminuyen provocando duda o incertidumbre. Los cuales son:

La **irrisión** es cuando causamos mal al otro a través de la burla y la alegría causada no aporta nada y menos a los otros, “es la alegría surgida de que imaginamos que, en la cosa que odiamos, existe algo que despreciamos” (Ibid;172).

La **sobreestima** es otorgarle más valor a algo de lo que representa solo para quedar bien consigo mismo o con los demás que se encuentran alrededor, es decir, “es estimar a alguno más de lo justo por amor” (Ibid;173).

La **soberbia** es otorgarle más valor propio a lo que soy ya que me subestimo más que los demás, pues significa, “estimarse a sí mismo más de lo justo por amor” (Ibid;184).

En el caso de estos afectos observamos que no solamente disminuye la potencia de quien los experimenta, sino también, producen efectos de disminución en los otros, especialmente hacia quienes se dirige la sobreestima o la irrisión.

3.5 De las causas de la tristeza

Observando lo anterior se puede notar las causas que provocan la *alegría*, y lo que conlleva, como el *amor* y la *jovialidad* en donde potencia su ser logrando una mayor perfección. Ahora, por el contrario, analizaremos las causas que disminuyen su ser con una menor perfección a través de la *tristeza* y lo que se desglosa a través de ella. Es decir:

“Es que el sentimiento de tristeza no se agrega al deseo que de él se colige: este deseo al contrario es impedido por ese sentimiento, de manera que la potencia de la cosa exterior se sustrae a la nuestra. Las afecciones a base de tristeza se concatenan, pues, unas con otras, y colman nuestro poder de ser afectado. Pero lo hacen de manera tal que nuestra potencia de actuar disminuye más y más y tiende a su nivel más bajo” (Deleuze, 1996; 235).

Los afectos que se despliegan a partir de la tristeza son:

La **melancolía** afecta tanto al alma y al cuerpo, es decir, conmueve a todo nuestro cuerpo y nuestra alma, de manera que nos afecta tanto nuestros pensamientos y completamente todo lo que está constituido nuestro ser. Es uno de los afectos que mayor tristeza nos provoca y nos frena a lograr una perfección mayor, por el contrario, se torna a menor.

El **dolor** surge en varias partes de su ser sin que las demás se vean afectadas por ese dolor, esto pasa cuando nos golpeamos en nuestro dedo pequeño del pie, nuestro pie experimenta el dolor de manera temporal ya que desaparecerá en determinado tiempo mientras que nuestros brazos o cabeza siguen intactos, con ello podemos deducir que solo afecta una parte de la extensión y pensamiento.

El **odio** se puede interpretar como un deseo de alguien externo a mí con la intención de hacerme daño, es decir, “es la tristeza acompañada de la idea de una causa exterior” (Spinoza, 2000; 171).

La **aversión** surge cuando en nuestra memoria queda el recuerdo de un ser humano causante de alguna disminución de nuestro ser, y, por ello, cada vez que percibimos su presencia sentimos aversión hacia ello, esto es, “la tristeza acompañada de la idea de alguna cosa que, por accidente, es causa de tristeza” (Ibid;171).

La **desesperación** es producto de la plena certeza tanto de lo que pasó (pasado), como de lo que va a pasar (futuro), así como de que no podemos hacer nada para evitar ambos acontecimientos, nos encontramos incapacitados para modificar lo pretérito o lo futuro, “es la tristeza surgida de la idea de una cosa futura o pasada, cuya causa de duda ha desaparecido” (Ibid; 172).

La **decepción** surge cuando existe una ilusión que al final no sucede, “es la tristeza acompañada de la idea de una cosa pasada que sucedió contra lo esperado” (Ibid;173).

El **menosprecio** causa tristeza por el hecho de obligar a concentrarse en dañar al otro y no en aumentar nuestra potencia, significando, “estimar a alguno menos de lo justo por odio” (Ibid;173).

La **envidia** es un afecto que disminuye nuestra realidad en la medida en que entristece a partir de la felicidad del otro y, de igual manera el gozo que experimentamos surge de la tristeza del otro no de la afirmación de nuestra potencia, pues, “es el odio, en cuanto que afecta al hombre de tal manera que se entristece con la felicidad del otro, y, al revés, goza con el mal del otro” (Ibid;173).

La **humildad** es demostrar la propia debilidad con los otros, “es la tristeza que surge del hecho de que el hombre contempla su impotencia o debilidad” (Ibid;174).

A partir del **arrepentimiento** se duda de la decisión tomada y se experimenta vergüenza de las consecuencias a las que llevó, “es la tristeza acompañada de la idea de algún hecho que creemos haber realizado por libre decisión del alma” (Ibid;174).

La **abyección** se da como consecuencia de haber causado una tristeza en el otro y, por ende, en uno mismo viene como complemento un ejercicio de desvalorización respecto a nuestro ser, debido a que, “es estimarse a sí mismo menos de lo justo por tristeza” (Ibid;175).

La **vergüenza** se ejemplifica cuando nos encontramos en un ambiente con mucha gente y realizamos alguna acción que creemos que coincide con el momento, pero nos damos cuenta de que no es así y disminuimos nuestra potencia, ya que es vergonzoso, en otras palabras, “es la tristeza acompañada de la idea de alguna acción, que imaginamos ser vituperada por otros” (Ibid;176).

Como se observa, los afectos malos merman la existencia. Tal como lo confirma un gran conocedor de Spinoza en la siguiente cita:

“La cuestión no es si las hay o no, la cuestión es el valor que ustedes le dan, es decir, la complacencia que les conceden. Mas complacencia les concede, más de vuestra potencia invertirán para investir el trazo de la cosa y más potencia perderán” (Deleuze, 2008; 89).

3.6 Fluctuación de ánimo

“Se dan tantas especies de alegría, tristeza y deseo y, por tanto, de cada afecto que de éstos se compone, tales como la fluctuación del ánimo, o que de éstos se deriva, como el amor, el odio, la esperanza, el miedo, etc., como especies de objetos existen por los que somos afectados” (Spinoza, 2000; 164).

El estado de ánimo que los seres humanos experimentamos respecto a ciertos objetos se denomina *fluctuación de ánimo* y se caracteriza porque hacia un mismo objeto se experimenta tanto *alegría* como *tristeza*, esta característica del estado de ánimo permite explicar el por qué en ocasiones experimentamos simpatía y a su vez experimentamos antipatía hacia ese objeto, es decir, el ánimo fluctúa entre estos dos afectos a partir del tiempo (pasado, presente y futuro).

En torno a lo pretérito la fluctuación de ánimo explica un rasgo peculiar de nuestra naturaleza en función de la memoria que guardamos de los acontecimientos del pasado, porque los seres humanos somos capaces de recordar tanto lo bueno como lo malo. Respecto al tiempo presente, en el instante en el que estamos en contacto con los afectos nos permite entender el momento en que ocurre la fluctuación de ánimo. Existe una tercera relación respecto al tiempo denominada como futuro. A continuación, se muestra un ejemplo de fluctuación de ánimo con el afecto *esperanza* para que exista una mayor comprensión.

Primero, la ***esperanza*** es más bien una probabilidad y no se tiene con certeza la respuesta porque puede o no puede suceder, esto es, “la alegría inconstante, surgida de la idea de una cosa futura o pasada, de cuyo resultado tenemos alguna duda” (Ibid;172).

La esperanza se vincula con el tiempo, como futuro o pasado, en virtud de que no sucede en el presente y, por lo tanto, mantiene nuestro ánimo en incertidumbre por no saber si aquello que anhelamos va a suceder tal como lo anhelamos. De ahí que

la fluctuación de ánimo se desarrolla porque al desear de tal forma que suceda nos provocará *alegría* y al obtener un mayor grado de certeza se convierte en *seguridad*, pero a su vez sí no sucede nos provocará *desesperación* y *miedo*.

Pongamos el caso de una persona que padece una enfermedad terminal, mientras no se da el diagnóstico durante ese tiempo convierte la esperanza como motor para mantener en pie su existencia conservando cierta *alegría* pensando en su recuperación e inclusive, sus familiares le dan palabras de aliento, mientras que, cuando conoce el diagnóstico y los médicos dan resultados no favorables tanto el paciente como los familiares transforman su esperanza en *desesperación* porque sufren, ya que, no pueden hacer nada al respecto y el *miedo* se apodera de ellos.

De esta manera el filósofo holandés nos explica la naturaleza de cada uno de los afectos a los cuales podemos sucumbir los seres humanos, así como, al mismo tiempo, cuáles son aquellos que permiten el incremento de la potencia y cuáles son aquellos que la merman. Teniendo un conocimiento claro de cada uno de los afectos podemos empezar por inhibir los que nos entristecen y fomentar los que nos causan felicidad.

Capítulo IV. De los afectos negativos y positivos

4.1 Reconocimiento de afectos negativos

De acuerdo con lo desarrollado en el capítulo III podemos colegir que todos los seres humanos padecemos los afectos que se han descrito anteriormente, es decir, nadie puede sustraerse al orden de la naturaleza y, por lo tanto, al orden divino. Esto no significa que estemos inevitablemente sometidos a un solo tipo de existencia, cada uno puede vivir esclavizado o libre. En este apartado analizaremos los afectos que esclavizan al ser humano.

La definición de esclavitud establecida por Spinoza significa excederse o dejarse llevar por las afecciones, en donde no somos los autores de nuestras acciones sino meros receptores de lo externo, así lo demuestra la primera parte del prólogo de la cuarta parte de la ética:

“A la impotencia humana de moderar y reprimir los afectos le llamo *esclavitud*; pues el hombre que está sometido a los afectos, no se pertenece a sí mismo, sino a la fortuna, de cuya potestad depende de tal suerte que muy a menudo, aun viendo lo que le es mejor, se ve forzado a seguir lo peor” (Spinoza, 2000; 183).

Así entonces podemos distinguir, por una parte, que los afectos son causados en la relación entre sujeto y objeto, nadie puede vivir ajeno a ello; pero no obstante es muy distinto que vivamos sometidos a esa influencia de lo exterior a que seamos capaces de moderarla. Es necesario reconocer los excesos que llevan a la esclavitud para lograr su dominio y tener una vida aceptable donde exista un balance entre lo que se hace o se piensa, en otras palabras, entre el cuerpo y el alma.

Para lograr lo anterior es necesario, primero, identificar el origen de la idea de perfecto e imperfecto o lo bueno y malo. El filósofo nos dice que esas ideas surgen a partir del ser humano, lo que viene a significar que solo tienen validez en función de las ideas o imaginaciones que el ser humano se crea. En la naturaleza o en Dios

no hay perfección o imperfección, más bien solo existe la realidad, es decir, aquello que se da porque Dios así lo quiere. Somos los seres humanos los que desde un conocimiento parcial de la naturaleza podemos juzgar erróneamente que algo es más o menos perfecto y eso hace posible que en algún momento nuestros afectos se posesionen de nosotros. Dios y su creación no actuaron ni en función de un fin, actúan más bien con la misma necesidad con la que existe y, por ende, no podemos aplicar los conceptos de perfección o imperfección, “Así pues, la perfección y la imperfección son, en realidad, simples modos de pensar, es decir, nociones que solemos fingir, porque comparamos entre sí individuos de la misma especie o género” (Ibid; 184).

Lo mismo sucede con nuestros conceptos de bueno y malo, nuestro conocimiento parcial de las causas nos lleva a imaginar que hay cosas que tienen como intención disminuir nuestra potencia, por ende, las consideramos malas y producen en nosotros el afecto de la tristeza. En otras palabras:

“Se llamará malo o esclavo, débil, o insensato a quien se lance a la ruleta de los encuentros conformándose con sufrir los efectos, sin que esto acalle sus quejas y acusaciones cada vez que el efecto sufrido se muestre contrario y revele su propia impotencia” (Deleuze, 2004; 33).

Cosa contraria sucede con lo que consideramos bueno, que en este caso también desde un conocimiento parcial imaginamos que son cosas que acrecientan nuestra potencia e inevitablemente incrementan nuestra felicidad.

“Se llamará bueno (o libre o razonable o fuerte) a quien, en lo que éste en su mano, se esfuerce en organizar los encuentros, unirse a lo que conviene a su naturaleza, componer su relación con relaciones combinables y, de este modo, aumentar su potencia” (Ibid;33).

En ambos casos hablamos de un conocimiento parcial o, en otras palabras, de un conocimiento confuso que impide la apreciación correcta de toda la causalidad.

“De este modo, la Ética, es decir, una tipología de los modos inmanentes de existencia reemplaza la Moral, que se refiere siempre

a la existencia a valores trascendentes. La moral es el juicio de Dios, el sistema del juicio. Pero la *Ética* derroca el sistema del juicio. Sustituye la oposición de los valores (Bien-Mal) por la diferencia cualitativa de los modos de existencia (bueno-malo)” (Ibid;34).

Una vez establecido lo anterior Spinoza considera pertinente equiparar la virtud y potencia del ser humano, es decir, una vida virtuosa es aquella que permite la máxima expresión de su potencia y, por ende, es una vida alegre. Cada uno de los seres humanos en cuanto somos capaces de comprender nuestra naturaleza y buscamos la manera de potenciar al máximo nuestra naturaleza vamos por el camino de la virtud. Cosa contraria sucede cuando por un afecto exterior nos vemos disminuidos en aquello que podemos, y dado que, aquello que podemos lo apetecemos, el filósofo asevera que a diferencia de Dios los seres humanos si actuamos en función de un fin o apetito.

Como puede verse, en la definición 7 de la cuarta parte de la *Ética*:” Por fin, por el cual hacemos algo, entiendo el apetito” (Spinoza, 2000; 186), porque los apetitos o fines humanos nos hacen entrar en relación con elementos de la demás naturaleza y, por ende, a ser afectados por lo que estos seres exteriores producen en nosotros, así entonces, somos susceptibles de crearnos ideas falsas respecto a lo que nos está afectando tanto como ideas verdaderas, no olvidemos que la una o la otra provocan tristeza o alegría, de ahí que, es importante reconocer el papel desempeñado por el sujeto o por el humano en la elaboración de este tipo de ideas, pues de no hacerlo difícilmente comprenderemos la causa de nuestra tristeza o de la alegría. Se considera:

“Cuando una idea es adecuada capta precisamente dos cuerpos, el mío y el otro distinto, bajo el aspecto conforme al cual componen sus relaciones (noción común). Por el contrario, no hay idea adecuada de cuerpos que no convienen, no la hay de un cuerpo que no convenga con el mío en cuanto no le conviene. En este sentido, el mal, o más bien lo malo, solo existe en la idea inadecuada y en las afecciones de tristeza que se siguen de ella (odio, colera, etc.)” (Deleuze, 2004; 48).

Como se ha dicho anteriormente, las ideas verdaderas son producto del entendimiento, y, al igual que en el caso anterior dan muestra de la constitución del sujeto, es decir, en el ser humano radica la posibilidad de extraviarse en el error o de tener un conocimiento verdadero.

En lo que concierne las ideas falsas o conocimientos inadecuados surgen principalmente de la imaginación y, por ende, tienen su origen en el propio humano, por lo cual, nos muestra que nuestra constitución como sujetos está equivocada, es decir, no comprende las cosas como realmente son, y al hacer esto inevitablemente se equivoca. Para superar las ideas confusas Spinoza atiende a múltiples elementos:

“1° que, si es la idea de una cosa simplicísima, no puede ser sino clara y distinta, ya que esa cosa no aparecerá parcialmente, sino que deberá manifestarse íntegramente o nada;

2° que, si una cosa, que consta de muchas, es dividida mentalmente en todas sus partes simplicísimas y se atiende a cada una por separado, desaparecerá toda confusión;

3° que la ficción no puede ser simple, sino que surge de la composición de diversas ideas confusas, que se refieren a distintas cosas o acciones en la Naturaleza, o mejor todavía, del hecho de atender, pero si asentir, esas distintas ideas.

Si fuera simple, en efecto, sería clara y distinta, y por consiguiente, verdadera; y constará de ideas distintas, su composición sería igualmente clara y distinta, y por tanto, verdadera también” (Spinoza, 1988; 162).

Spinoza reconoce que es muy difícil combatir los afectos esclavizantes producidos por la imaginación e, incluso, asevera que aun conociendo lo bueno lo que de positivo tiene la idea falsa no se suprime tal como lo enuncia en la proposición 1 de esta cuarta parte: “nada de lo que una idea falsa tiene de positivo, se suprime por la presencia de lo verdadero, en cuanto verdadero” (Spinoza, 2000; 187). De lo que se concluye que, es muy difícil sustraerse a la esclavitud de las pasiones o que los afectos provocan, pero no es imposible si se realiza a través del uso del

entendimiento humano.

El pensador nos recuerda con mucha precisión que los seres humanos somos, al igual que, todas las cosas de la naturaleza, contingentes y, que, por lo tanto, no tenemos una existencia necesaria sino más bien solamente tenemos una existencia posible. Lo contingente son cosas singulares que no existen por sí mismas, es decir, su existencia no se sigue de su esencia, así lo demuestra la definición: “llamo contingente a las cosas singulares, en cuanto que, si atendemos a su sola esencia, no hallamos nada que ponga necesariamente su existencia o que necesariamente la excluya” (Ibid;186). Por su parte, la posibilidad o imposibilidad de las cosas contingentes se regula con las causas que deben ser producidas. Así entonces, los seres humanos y demás modos de lo divino son siempre contingentes y posibles.

Todos los modos contingentes y posibles son susceptibles de padecer los afectos en virtud de que solamente somos una parte de la naturaleza. Ninguna de ellas puede afirmar por sí misma su propia existencia, siempre dependerá de las otras.

No obstante, las cosas singulares se esfuerzan por perseverar en la existencia, sin excluir que esa existencia pueda ser superada o suprimida por la existencia de otras cosas con mayor potencia. Lo cual significa que necesariamente padecemos la potencia de las cosas exteriores.

Este padecer la potencia de las cosas exteriores se puede efectuar de dos maneras; la primera consiste en que lo externo a través de la afectación que realiza en mí incrementa mi potencia, lo que sucede cuando algo externo provoca alegría en nosotros; pero también sucede que lo externo nos afecta de tal manera que causa una disminución de nuestra potencia, lo que ocurre cuando lo externo provoca tristeza.

De esta manera nos percatamos que la fuerza con la que perseveramos en la existencia es finita y está en relación con la fuerza o potencia de las fuerzas exteriores, de ahí que pueda ser influida para bien o para mal, para la alegría o la tristeza. “la fuerza y el incremento de cualquier pasión, así como su perseverancia en la existencia, no se define por la potencia con la que nos esforzamos para continuar existiendo, sino por la potencia de la causa externa comparada con la

nuestra” (Ibid;190).

4.2 El ser humano como deseo

Spinoza establece lo siguiente: “el deseo es la misma esencia del hombre, esto es, el conato con el que el hombre se esfuerza en perseverar en su ser” (Ibid;196). Con lo anterior, nos percatamos que los seres humanos tenemos como deseo primario el perseverar en nuestro ser y si el deseo surge como alegría favorece la existencia y su potencia, pero si el deseo surge como tristeza disminuye y reprime en nuestra existencia. En virtud de lo anterior, Spinoza tematiza de forma sistemática el conocimiento del deseo encontrando las siguientes posibilidades.

1.- El deseo surgido del conocimiento verdadero, no obstante, puede ser reprimido por otros muchos afectos que nos perturban, y en este caso a pesar de conocer lo bueno somos capaces de elegir lo malo por el placer que nos causa. Así se explican muchos de los extravíos cometidos por los humanos, haciendo lo malo o erróneo por el placer momentáneo que nos provoca aun cuando sabemos que no debemos hacerlo.

2.- El deseo surgido a partir del conocimiento verdadero de un bien futuro puede ser reprimido y extinguido por cosas actuales agradables. Este caso nos permite entender aquellos actos realizados por los seres humanos en los cuales lo placentero actual desvía el conocimiento verdadero y la acción que debe realizarse con ese conocimiento verdadero hacia un bien futuro. Los seres humanos somos susceptibles de dejarnos arrastrar por el placer momentáneo y olvidar el bien futuro. Un ejemplo que puede explicitar de manera clara esta posibilidad es cuando un estudiante seducido por el placer momentáneo de la embriaguez deja del lado sus estudios y se enfoca únicamente en experimentar el momento.

3.- El deseo surgido del conocimiento verdadero respecto a cosas contingentes puede ser reprimido o extinguido por cosas que son presentes. En este caso podemos ver que el hecho de que algo contingente en el futuro puede o no suceder nos permite desecharlo en función por algo que está sucediendo y, con ello, dejamos de ocuparnos en su consecución.

4.- El deseo surgido de la alegría es más fuerte, porque ayuda de mejor manera a la potencia de nuestro ser que el deseo surgido de la tristeza. De esta forma el filósofo afirma nuevamente que el deseo de perseverar en nuestro ser y potenciar nuestra existencia tiene mayor influencia en los seres humanos que el deseo surgido de la tristeza; nos afanamos más por seguir viviendo que por morir. Y el afán de perseverar nuestro ser se ve potenciado por las causas exteriores que nos causan alegría; así entonces, un padre de familia no tan solo persevera en su ser por sí mismo si no también lo hace por la alegría que sus hijos le causan, haciendo confluir tanto su propia alegría con la alegría de la causa externa.

Los dictámenes de la razón que da a conocer Baruch son importantes para que los afectos concuerden con las reglas de la razón humana y analizar cuáles son los que parten de la alegría o tristeza.

- a) “La razón tiene que ir acorde o conforme a la naturaleza, todos los seres finitos necesitan respetar, amarse a sí mismos, esforzarse y perseverar en su ser logrando su mayor perfección.
- b) De acuerdo con las leyes de la naturaleza ser un hombre virtuoso implica desarrollar el conato ya que de ahí parte la felicidad y con ello se lucha por seguir permaneciendo y perseverando.
- c) Cada ser humano necesita ir acompañado de una cosa exterior, así es como lo dicta la justa razón porque si se da lo contrario el alma sería imperfecta y no lograría alcanzar su máxima potencia dentro de la existencia” (Spinoza, 1988; 101).

Es necesario actuar de manera justa y obtener lo que cada uno necesita por su propio beneficio.

Lo anterior, puede explicitarse a partir de recuperar algunos de los elementos que se han desarrollado en los capítulos anteriores y que vienen a culminar la postura de Spinoza respecto al mejor modo de habitar en el mundo. Como se mostró en el primer capítulo, Dios es una sustancia única con infinitos atributos, de los cuales la capacidad humana de conocimiento solo puede conocer y comprender dos: pensamiento y extensión; a partir de estos dos atributos es como el ser humano

comprende el orden natural, dado que, para nosotros la naturaleza se compone de lo extenso con la materia y del orden que esa materia entiende en función del pensamiento divino.

Una vez que el ser humano tiene ideas adecuadas respecto al orden natural comprende que debe vivir de acuerdo con ese orden, por lo tanto, la razón gana en cuanto el conocimiento verdadero no exige nada al ser humano que vaya en contra de la naturaleza, más bien pide que la existencia se desarrolle de la forma más armónica y en función del orden natural. Así entonces, el filósofo holandés encuentra que el orden natural permite que cada uno de los humanos se amen a sí mismos, haciendo todo lo posible por perseverar en su ser e incrementar su alegría y potencia, para ello, el conocimiento permite que entendamos nuestra propia utilidad, en el sentido de que detectemos todo aquello que permita la afirmación de nuestro conato, la consecución de la alegría y el incremento de la potencia.

Por consiguiente, de acuerdo con Spinoza, la virtud consiste en actuar de acuerdo con el orden de la naturaleza, pues el orden de la naturaleza hace posible nuestra perseverancia y desarrollo. Por lo que, la virtud es apetecible por sí misma, porque no hay nada más virtuoso que el hecho de afirmar nuestra existencia de forma alegre, perfecta y potente.

Así entonces, una vez que concibe al ser humano como deseo establece que este deseo puede ser afectado (es decir puede ser susceptible de un afecto), a partir de una idea con la cual el alma afirma la fuerza de existir de su cuerpo en mayor o menor grado que antes, por eso, los seres humanos pueden tener afectos de alegría o tristeza, conllevando un incremento de su potencia o disminución de esta.

Una vez comprendida la noción de virtud como: *actuar de acuerdo con el orden de la naturaleza y perseverar en nuestro ser con alegría, perfección y potencia*, el filósofo concluye que en nuestra relación con los otros seres humanos debemos respetar el esfuerzo o conato que los otros efectúan para la conservación de su propio ser. Lo que deseo para mí en cuanto virtud es lo mismo que debo desear para los otros, en cuanto ellos también son humanos virtuosos, lo anterior, conlleva a vivir en la colectividad de forma justa, buena y honesta. Gracias a estas formas de

relacionarse, cada uno de nosotros encuentra las condiciones que le permiten afirmar su existencia, en el orden de la naturaleza de la mejor forma posible.

Mientras que en la relación con los elementos no humanos con la naturaleza debemos apetecer aquellas que nos son útiles para afirmar nuestra existencia, sin utilizarlas para fines no virtuosos.

4.3 Análisis de los afectos a partir de lo bueno y lo malo

En líneas anteriores, se ha señalado que un afecto consiste en una idea que el alma tiene y que conlleva inevitablemente la afirmación de una fuerza de existir del cuerpo. Todos los seres humanos vivimos en función de afecto, puesto que es gracias a las ideas del alma que buscamos perseverar en nuestro ser a través de la corporalidad. Ahora bien, Spinoza realiza una distinción, entre *Ética* y *Moral*:

“En la *Ética* no hay bien ni bien ni mal, hay bueno y malo. He aquí exactamente la soldadura entre la *Ética* y la ontología. “No hay bien ni mal” quiere decir que el bien no es superior al ser. No hay más que el ser, bien y mal son palabras desprovistas de sentido. Mientras que la *Moral* es el arte del bien y del mal y su distinción u oposición es triunfo de uno sobre el otro, la *Ética* es el arte de lo bueno y de lo malo de su distinción, en la medida en que la distinción no coincida con aquella del bien y del mal. Entonces la *Ética* está directamente orientada hacia la ontología; más aún, diría que la acompaña todo el tiempo” (Deleuze, 2008; 34).

Los afectos pueden distinguirse como buenos y malos, de acuerdo con lo señalado anteriormente. Los buenos, son aquellos que al causarnos alegría incrementan nuestra potencia de actuar, de ser y afirman con mayor contundencia nuestro conato. Los malos, por el contrario, causan tristeza en nuestro ser, disminuyen nuestra potencia y, por ende, hacen que el perseverar en el ser sea mínimo.

A partir de ello, Spinoza realiza un análisis meticuloso de los afectos para poder determinar cuando son motivo de alegría o tristeza y como consecuencia de esclavitud o libertad. Pues, “La distinción de lo bueno y de malo servirá de principio para una verdadera diferencia ética, que debe subsistir a la falsa oposición moral” (Deleuze, 1996; 246).

El primer análisis realizado en esta parte de la ética tematiza a los afectos desde la perspectiva del tiempo, sus conclusiones son las siguientes, un afecto que está presente es más fuerte que cualquier afecto que haya sucedido en el pasado o que pueda suceder en el futuro, independientemente si es bueno o malo el afecto presente incide más en nuestra capacidad de acción o pasión.

Respecto a los afectos pretéritos podemos distinguir su debilidad o fortaleza en virtud de la cercanía o lejanía que este tenga con el presente.

Algo similar ocurre con los afectos que imaginamos hacia el futuro, si bien de entrada estos son débiles, podemos, no obstante, distinguir que un afecto posible en un futuro nos causa mayor influencia que un afecto posible pero lejano; el afecto futuro cercano es más fuerte, el afecto futuro lejano es débil.

Por otra parte, los afectos se tematizan a partir de su relación con acontecimientos o cosas ya sea necesarias o contingentes; respecto a las primeras, el afecto es fuerte, independientemente de que sea bueno o malo, porque inevitablemente va a suceder aquello que va a suceder. Lo necesario no hay forma de que sea modificado por el ser humano y, por lo tanto, tiene que ocurrir. Así sucede, por ejemplo, con nuestra condición mortal, todos los seres vivos en algún momento necesariamente vamos a morir, no hay forma de evitarlo. Hacernos conscientes de esta inevitabilidad de la muerte crea un afecto con influencia importante en nosotros. Los afectos contingentes son débiles en virtud de que pueden o no suceder y por eso no causan tanto impacto en nosotros, pues, si bien existe la posibilidad de que podamos volvernos millonarios, pero sabemos que esto puede o no ocurrir y no provocaría en el caso de que no ocurra, gran tristeza en nuestra constitución.

En lo que respecta al conocimiento verdadero del bien y el mal lo tematiza desde dos perspectivas. La primera de ellas reside en considerarlo como mero conocimiento, es decir, como mera reflexión respecto al bien y el mal y, según esto si bien nos permite conocer lo bueno y lo malo no tiene la capacidad de reprimir ningún afecto. En este caso el conocimiento solo cumple la función de permitirnos distinguir entre lo bueno y lo malo sin incidir en ello, es como cuando uno se coloca en el papel de juez manteniendo una posición neutral para poder determinar si lo

que ha sucedido es bueno o malo; la otra posibilidad es que el conocimiento sea considerado como tal un afecto y en ese tenor si nos permite reprimir o contener un afecto ya sea bueno o malo. Lo anterior, se encuentra en aquellos casos en los cuales por falta de conocimiento nos dejamos arrastrar por un afecto malo y, cuando, a través del conocimiento entendemos la causa de lo malo el afecto de la verdad detiene el poder del afecto del mal o del error.

Es claro que, para Spinoza el conocimiento cumple una doble función, por una parte, es un mero instrumento para conocer el bien y el mal, por otra parte, es un afecto que puede contener o transformar un afecto bueno o malo.

4.4 Sobre la falta de virtud

Como quedó establecido en el apartado anterior, el acto más virtuoso que el ser humano puede efectuar consiste en afirmar con la mayor potencia y alegría su conato o existencia, de donde se deriva que, el acto menos virtuoso susceptible de someterse por el ser humano es el suicidio. Quien se suicida atenta contra el orden de la naturaleza al negar de manera definitiva la afirmación de su conato.

Si la virtud humana consiste en vivir bien, feliz y virtuosamente afirmando de manera natural nuestra existencia. La falta de virtud se entiende como una negación de la potencia, alegría y utilidad del conato humano llegando a un estado de impotencia que no consiste en otra cosa sino en el descuido de la conservación de nuestro ser, y que como punto extremo termina en el suicidio.

“Cuando el humano carece de virtud se ve inmiscuido en una serie de ideas inadecuadas que le llevan a padecer esos extravíos producto de la imaginación, lo cual poco a poco va mermando su ser hasta llevarlo a la tristeza y, a la impotencia absoluta. Pues, “lo verdadero es la adecuación de la idea y de la cosa, lo falso es la inadecuación de la idea y de la cosa” (Deleuze, 2008; 35).

Spinoza afirma con toda contundencia la considerable diferencia que hay entre un ser humano que actúa y quien solo padece. El actuar se explica como algo que realiza, quien actúa, a partir de sí mismo gracias a su entendimiento que le permite hacerse ideas adecuadas del orden de la naturaleza, conllevando en cada una de

sus acciones la utilidad de su conservación. Lo cual resulta en el incremento de su potencia y en una existencia feliz.

Por el contrario, quien padece se deja arrastrar por su imaginación y por las ideas inadecuadas que estas producen respecto al orden natural, perdiendo de vista la utilidad de su conservación hasta llegar al extremo de la aniquilación de su ser a partir de estas imaginaciones erróneas, cuando no es así, cuando aniquila su ser o su conato lleva una existencia impotente y triste. De ahí se dan dos ilusiones fundamentales:

“La ilusión psicológica de libertad: al no retener sino afectos de los que ignora esencialmente las causas, la conciencia puede creerse libre y prestar al espíritu un imaginario poder sobre el cuerpo, cuando ni siquiera sabe lo que puede el cuerpo en función de las causas que lo hacen obrar realmente; 2° La ilusión teológica de finalidad; al no captar el conatus o el apetito sino bajo la forma de afectos determinados por las ideas de afecciones, la conciencia puede creer que estas ideas de afecciones, en cuanto que expresan los afectos de cuerpos exteriores sobre el nuestro” (Deleuze, 2004; 73).

4.5 La virtud absoluta del alma

La existencia del alma es indispensable para el cuerpo y la existencia del cuerpo es necesaria para el alma, si uno de ambos atributos no se diera, el ser humano no existiría, solo en su conjunción se da la posibilidad de nuestra existencia, ciertamente son modos de dos atributos distintos (pensamiento y extensión), pero están unidos de tal manera que ni uno ni otro tiene prioridad, ya que Spinoza considera que ambos atributos están unidos entre sí de forma indisoluble. Y, por lo tanto, para que el alma y el cuerpo estén presentes es necesario que Dios exista, ya que, sería absurdo si no se diera de esa manera, porque Dios es un ser infinito que contiene infinitos atributos entre los cuales se encuentra las dos mencionadas líneas arriba y que están presentes en todos lados, inclusive dentro de los seres finitos.

Ahora bien, Spinoza establece que el supremo bien del alma consiste en conocer a Dios, lo cual no es otra cosa si no comprender de la mejor manera el funcionamiento

de la naturaleza, ya que nuestra limitación como seres finitos solo nos permite conocer, comprender y entender los atributos de pensamiento y extensión que hacen posible la totalidad de la naturaleza, cuando se comprende a través de la razón el correcto funcionamiento de la naturaleza, el alma alcanza su objeto supremo que no es otra cosa que el conocimiento que podemos tener de Dios desde nuestra finitud.

“La fe, por tanto, deja a cada uno la libertad absoluta de filosofar para que cada uno pueda pensar sobre todas las cosas lo que le parezca conveniente, sin llegar al crimen, y solo condena como heréticos y cismáticos a los que enseñan opiniones capaces de llegar a la rebelión, al odio, a la contumacia y a la ira; por el contrario, sólo admite como fieles a los que propagan entre los hombres la justicia y la caridad con toda la fuerza de su razón y de sus facultades” (Spinoza, 2011 B; 225).

En esa medida se puede establecer que la suprema virtud del alma consiste en entender o conocer a Dios, al situar el alma dentro del orden correcto es necesario que conozca su utilidad por medio del entendimiento, ya que, al entender de manera clara y distinta, con ideas adecuadas la lleva al conocimiento de Dios, y por consecuencia, al obrar bien el alma lleva una vida virtuosa.

Por el contrario, cuando el ser humano se deja llevar por la imaginación generando ideas inadecuadas respecto al funcionamiento de la naturaleza se deja llevar al mismo tiempo por los afectos que conllevan la disminución de su potencia y una vida triste.

Si se quiere vivir con alegría y con la máxima potencia de nuestro ser es inevitable que se debe dedicar el entendimiento al conocimiento de Dios, dado que de Dios procede todo y se explica la totalidad, no hay cosa más importante que el conocimiento de Dios, pues este conocimiento hace que entendamos de forma correcta la potencia divina, la potencia de las cosas singulares y nuestra propia potencia, enfocándonos en lograr su máxima expresión.

“Una noción común es una idea adecuada, concebida clara y distintamente; la señal de una idea adecuada es que, nada más presentarse, comunica la certeza, ya que representa algo que, en la

constitución lógicamente necesaria del universo, no podría ser de otro modo” (Hampshire, 1951; 70).

4.6 El ser humano como singularidad y su relación con las otras cosas singulares

Ya se ha mencionado en capítulos anteriores que cada cosa es un modo o expresión de la divinidad. El filósofo establece una distinción muy precisa entre las cosas distintas al ser humano y el ser humano. Lo anterior, le permite hacer el análisis de las relaciones que pueden darse, por una parte, entre el ser humano y las cosas no humanas, y por otra, entre los seres humanos.

Respecto a la primera, Spinoza nos dice que en la medida en que los seres humanos no tenemos la misma naturaleza que las cosas no humanas, esas cosas no pueden ni reprimir ni ayudar a nuestra potencia de actuar, en otras palabras, las cosas exteriores no son ni buenas ni malas. Así entonces, todos los modos no humanos están como en una especie de indiferencia respecto a nuestra forma de expresar lo divino. Así lo demuestra la proposición 29:

“Cualquier cosa singular, cuya naturaleza es totalmente diversa de la nuestra, no puede ayudar ni reprimir nuestra potencia de actuar, y, en general, ninguna cosa puede ser buena o mala, a menos que tenga algo común con nosotros” (Spinoza, 2000; 201).

Cosa distinta sucede respecto a la relación que puede darse entre los seres humanos. Dado que todos los seres humanos poseemos la misma naturaleza, y dado que esa misma naturaleza si puede ayudar o reprimir nuestra potencia, un ser humano distinto a los otros puede resultar bueno o malo, puede ayudar al incremento de nuestra potencia o a su disminución. Ahora bien:

“Aquello que nos parece en la naturaleza ridículo, malo o absurdo, consiste solamente en que únicamente en parte conocemos las cosas, y de que todos queremos dirigir las según los hábitos de nuestra razón, cuando aquello que la razón presenta como malo no es malo respecto al orden y a las leyes de la naturaleza universal, sino solo respecto a las leyes de nuestra naturaleza” (Spinoza, 2011 B; 241).

Es importante la distinción y el análisis efectuado por Spinoza para entender las relaciones que los seres humanos podemos establecer unos con otros. En la medida en que dos seres humanos poseen la misma naturaleza, es decir, son humanos no pueden ser malos el uno para el otro, en otras palabras, o el hecho de que el otro sea un ser humano no significa que sea malo para mí o para nuestra humanidad. Únicamente se vuelve malo cuando ese ser humano se coloca como contrario a mi humanidad y eso solo sucede cuando se deja arrastrar por la imaginación, los afectos y pasiones que se generan a partir de ahí. Como lo menciona la proposición 32 de la cuarta parte de la *Ética*: “en cuanto que los hombres están sujetos a las pasiones, no pueden decirse que concuerdan en naturaleza” (Spinoza, 2000; 203).

Así entonces, retomando los desarrollos previos sabemos que las pasiones son producto de la imaginación y conllevan impotencia de nuestro ser, por lo tanto, la negación de ese ser. Lo anterior ocurre primeramente como negación de sí mismos y resulta en la negación de los otros, en ese sentido se vuelven contrarios y malos para nuestra potencia; cosa contraria sucede cuando el alma, a través de la razón, conoce y comprende a Dios, pues en ese caso se incrementa la potencia de actuar llevando como consecuencia la afirmación de sí mismo y, por tanto, la afirmación de los otros.

Cualquier ser humano puede convertirse en algo bueno o malo para los otros. Bueno si ocupa su entendimiento en el conocimiento de Dios, entiende el funcionamiento de la naturaleza y afirma su ser con la mayor potencia deseando para los otros lo mismo. Malo cuando dejándose llevar por la imaginación se deja arrastrar por las pasiones generando una impotencia de su ser, llegando hasta el extremo de la negación de sí mismo y la negación de los otros.

“Cuanto más convenga un cuerpo con otro, cuanta más propiedades tengan en común, más aumentará la potencia de ambos al encontrarse, y al revés, si dos cuerpos son de naturaleza contraria intentaran destruirse y el más conseguirá reducir al otro” (Allendesalazar, 1988; 73).

Como bien dice la proposición citada los seres humanos dominados por las

pasiones se convierten en enemigos de sí mismos y en enemigos de los otros. Diversas son las pasiones que llevan al hombre a convertirse en enemigos de los otros seres humanos, pues podemos volvernos contrarios a los otros a partir del amor que le tenemos a una cosa tanto como por el odio que podemos tener a otra cosa, lo cual inevitablemente conlleva padecimiento, tristeza, e impotencia. Como se establece en la proposición 34 de la cuarta parte de la *Ética*: “en cuanto que los hombres soportan afectos que son pasiones, pueden ser contrarios entre sí” (Spinoza, 2000; 204).

Se colige de lo anterior que los seres humanos susceptibles a la imaginación, dominados por las pasiones viven esclavizados y llevan una convivencia conflictiva con sus semejantes, creando una sociedad sometida a pasiones contrarias. Por ejemplo, si uno, como ser singular, considera que el no respetar a los adultos mayores está mal y un día caminando por la calle vemos a una persona maltratando a otra de la tercera edad chocaría con la razón, asemejándolo con lo malo.

“El origen de la pasión no reside solamente en la ignorancia, como sostienen quien atribuyen a Spinoza un intelectualismo que todo lo soluciona a golpe de conocimiento. La ignorancia o las ideas confusas contribuyen sin duda a fortalecer la pasión, pero si tenemos pasiones es porque somos cuerpos finitos que al encontrarse se oponen, se potencian y se limitan unos a otros” (Allendesalazar, 1988; 74).

Cuando un ser humano se aplica a la búsqueda de la virtud, no hace otra cosa sino comprender y conocer el orden natural divino, en la medida en que lo conoce vive con la mayor potencia, alegre y feliz. El pensador holandés nos dice que, contrario a los seres dominados por las pasiones, el humano virtuoso busca que todos los demás seres humanos también disfruten de la alegría de vivir, convirtiéndose en lo más útil que le puede ocurrir a otro ser humano, pues lo incita, motiva y auxilia para que viva virtuosa, alegre, y potentemente, debido a que no hay pasión que lo arrastre al odio, la venganza o la tristeza. Cuando un ser humano virtuoso incita a los demás a vivir de la misma manera no pierde nada pues: “el sumo bien de quienes persiguen la virtud es común a todos, y todos pueden gozar igualmente de él” (Spinoza, 2000; 206).

Pero se comprende que hay dos posibles maneras de relacionarse entre los seres humanos, la primera lo hace bajo el dominio de sus afectos y pasiones, que por cierto es la más frecuente y común entre las colectividades, tal como se puede ver en el escolio de la proposición 35: “ rara vez sucede, sin embargo, que los hombres viven bajo la guía de la razón; sino que están conformados de tal suerte que la mayoría son envidiosos y se molestan mutuamente” (Ibid;206). La segunda es aquella relación que puede establecerse a partir de la guía de la razón, mediante la cual se incita a los demás a que logren una existencia buena, como puede verse en la proposición 37 de la cuarta parte de la *Ética*: “el bien que apetece para sí todo aquel que persigue la virtud, lo deseará también para los demás hombres, y tanto más cuanto mayor conocimiento tenga de Dios” (Ibid;207). Inclusive, “así quien se esfuerza en guiar a los demás por la razón, no obra por impulso, sino humana y benignamente, y es de ánimo sumamente coherente” (Ibid;208).

Para Spinoza todos los seres humanos tenemos la necesidad de una vida colectiva. La vida colectiva que se hace posible a partir de la virtud es una vida donde en cada uno de sus integrantes vive de forma justa, buena, potente, alegre y, al mismo tiempo, desea lo mismo para todos los integrantes de la colectividad. El filósofo acepta sin cuestionamientos el postulado de que los seres humanos somos seres sociales, pero nos encamina a la posibilidad de construirnos como seres virtuosos y, como consecuencia de ello, una colectividad virtuosa.

Spinoza deduce su objetivo que es compartir el entendimiento para ser en conjunto de seres virtuosos.

“Pero si todos los hombres pudiesen fácilmente ser conducidos por medio de la razón y conocer la suma utilidad y necesidad del Estado, no habría nadie que no detestase los engaños; sino que todos, con gran deseo de llegar a este fin, a saber, la conservación de la república, estarían sujetos a los pactos en todo y guardarían sobre todas las cosas la fe, superior cimiento de las repúblicas” (Spinoza, 2011 B; 243).

La acción que contribuiría a la consecución de semejante proyecto es la honestidad: “al deseo, por el que el hombre que vive según la guía de la razón es consciente de que tiene que unir a los demás a él por amistad, lo llamo honestidad; y honesto

llamo a aquello que alaban los hombres que viven bajo la guía de la razón, y deshonesto en cambio, a aquello que se opone al vínculo de la amistad” (Spinoza, 2000; 208).

Es muy patente que el filósofo apuesta por la construcción de una sociedad o Estado a partir de la educación de sus ciudadanos en la virtud, para que una vez transformado cada uno de sus integrantes de la comunidad se sustente en la virtud de cada uno y en el anhelo de construir con los otros un cuerpo social, a partir de la amistad, dejando de lado la violencia, venganza u obligatoriedad.

4.7 El ser humano como proporción o equilibrio

La concepción de ser humano desarrollada por Spinoza, principalmente en la *Ética* tiene dos componentes: la extensión o cuerpo y el pensamiento o razón. Entre ambos hay un lazo tan estrecho que bien podríamos considerar un equilibrio, como ya se dijo, sin cuerpo no hay ser humano, así como sin alma tampoco lo hay. Es necesario que ambos atributos confluyan para darse la posibilidad de nuestro modo. Lo anterior se entiende como un equilibrio o proporción adecuada, en donde la alteración de cualquiera de los dos significa aniquilación.

“Una idea absolutamente verdadera y adecuada del único sistema comprensivo se manifiesta solamente en el conocimiento intuitivo de nivel más alto y todo conocimiento debe juzgarse como aproximación a esa capacitación intuitiva de un sistema único de ideas que refleja el universo como un todo. El filósofo que poseyera conocimiento intuitivo entendería inmediatamente, sin necesidad de argumentaciones, su situación propia y la de todas las cosas particulares de su entorno en cuanto partes necesarias de la estructura total de la naturaleza” (Hampshire, 1951; 75).

Esta idea de equilibrio y armonía se traslada también a cada uno de los atributos consecutivos del ser humano de forma específica, es decir, el cuerpo también está constituido de elementos extensos o cuerpos mediante los cuales se otorga su proporción, la cual no consiste en otra cosa si no en su correcto funcionamiento. Si una de las partes del cuerpo falta ya no hay el funcionamiento adecuado del mismo.

Es perceptible de forma muy evidente cuando nos lastimamos una uña, un ojo o cualquiera otra parte que consideramos mínima e insignificante hasta el momento en el que nos percatamos de su importancia para el correcto funcionamiento de nuestra corporalidad. La armonía y correcto funcionamiento de todas las partes que nos constituyen como extensión son necesarias para que, a su vez, la potencia se despliegue en su máximo.

Lo mismo sucede en el atributo pensamiento, pues en este caso un mal funcionamiento de nuestro entendimiento conlleva extravío, error y disminución de la potencia de actuar.

Para Spinoza es muy importante la armonía de cada uno de los seres humanos, pues solo en la medida en que se logra puede incrementarse nuestra potencia y, por ende, la alegría de la existencia.

“Aquellas cosas que hacen que se conserve la proporción de movimiento y reposo, que tienen entre sí las partes del cuerpo humano, son buenas; y, al contrario, son malas aquellas que hacen que las partes del cuerpo humano tengan entre si otra proporción de movimiento y reposo” (Spinoza, 2000; 211).

El acto más virtuoso susceptible de efectuarse por un ser humano consiste en la afirmación de su propio conato o de su propio ser, por ello, Spinoza le parece reprobable el acto de quitarse la vida, ahora podemos ver como esa invitación a perseverar en nuestro ser se completa la afirmación de perseverar de forma armónica o proporcionada. En la medida en que lo hacemos así nuestro cuerpo y entendimiento es más susceptible de ser afectado por aquello que incrementa su potencia, es decir, los afectos que nos llegan del exterior se vuelven inútiles para incrementar la potencia y alegría de cualquier ser humano.

Esta potencia y alegría en constante incremento, obtenida a partir de las afecciones que se han vuelto útiles para nosotros, se vuelven ahora útiles para otros seres humanos en cuanto los incitan a incrementar su potencia también. En otras palabras, si un ser humano logra proporcionar o armonizar de la mejor manera su conato se apertura para recibir, de lo exterior, aquello que incrementa su potencia, al mismo tiempo que se convierte en algo útil para el incremento de la potencia de

los otros.

“Aquellos que disponen al cuerpo humano de suerte que pueda ser afectado de muchos modos o lo hace apto para afectar de muchos modos a los cuerpos exteriores, es útil al hombre, y tanto más útil cuanto más apto hace al cuerpo para ser afectado de muchos modos y afectar a otros cuerpos; y, al contrario, es nocivo lo que hace al cuerpo menos apto para ello” (Ibid;210).

Lo anterior puede entenderse y aplicarse en dos direcciones, la primera de ellas, si partimos de la comprensión y el entendimiento adecuado de Dios que no es otra cosa sino la naturaleza, en este caso, nos damos cuenta que el orden natural permite el despliegue de la máxima potencia de todos y cada uno de los elementos que la constituye; el sol puede ser un ejemplo pertinente para entender como desplegando su máxima potencia hace posible que la potencia de los animales, las plantas, los seres humanos y todo aquello que se beneficia del sol, se enriquece, crece y expande su potencia. Luego, ese orden y armonía que se da en la naturaleza debemos trasladarlo a la colectividad y, por supuesto, a cada uno de los individuos que integran la colectividad. Si lo entendemos y aplicamos del modo inverso, es evidente que los humanos virtuosos dan lugar, inevitablemente, a una sociedad virtuosa, que no es otra cosa sino una sociedad que vive en el conocimiento de Dios. Vivir de acuerdo con la razón es vivir en armonía, tanto a nivel individual como colectivo.

“Las cosas que conducen a la sociedad de los hombres o las que hacen que los hombres vivan en concordia, son útiles; y; al contrario, son malas las que provocan la discordia en la sociedad. Demostración: Porque las cosas que hacen que los hombres vivan en concordia, hacen, a la vez, que vivan bajo guía de la razón y por tanto son buenas; y, al contrario, son malas aquellas que provocan discordias” (Ibid;212).

4.8 El ser humano como desequilibrio o desproporción

Es más común en los seres humanos que vivamos en un constante desequilibrio o desproporción y con ello, esclavizados. Si la razón, la armonía y la proporción hacen posible a seres potentes, la imaginación y desproporción hacen posible a seres

impotentes. Insiste, Spinoza:

“En que el error es siempre privación de conocimiento; decir de una idea o proporción que es falsa significa que es relativamente incompleta o fragmentaria, y, por tanto, afirmar algo acerca de su carencia de relación lógica con otras ideas dentro de un sistema más amplio del conocimiento” (Hampshire, 1951; 77).

La explicación que Spinoza da con respecto a la impotencia o esclavitud consiste en que a nivel del cuerpo y del alma, una de sus partes tome mayor preeminencia que todas las demás, es decir, que una exceda en fuerza a las otras.

“El género de conocimiento que mi alma posee está necesariamente ligado a la potencia o disposición de mi cuerpo para ser afectado en mayor o menor grado por los cambios de la Naturaleza extensa; mi capacidad mental y mi capacidad física son sustancialmente la misma capacidad concebida bajo dos atributos diferentes; las modificaciones de mi alma son siempre y necesariamente la contrapartida de las modificaciones de mi cuerpo, y las modificaciones de mi cuerpo son la contrapartida de las modificaciones de mi alma” (Ibid;78).

Lo anterior, se hace patente cuando miramos que hay seres humanos sometidos de forma absoluta a un solo afecto; quien vive exclusivamente para trabajar es una persona esclavizada a ese afecto, lo mismo sucede en quien somete a toda su existencia al amor, al repugno, malicia, ambición, gloria, lucro, etc. De hecho, Spinoza explica el afecto con los siguientes ejemplos:

“La jovialidad, que he dicho que es buena, se concibe más fácilmente que se observa. Pues los afectos cuyos conflictos soportamos a diario, se refieren casi siempre a alguna parte del cuerpo que es afectada más que las demás, y por eso casi siempre tienen exceso y de tal modo retienen al alma en una sola contemplación de un objeto, que no puede pensar en otros. Y, aun cuando los hombres están sometidos a muchos afectos y son por tanto muy pocos los que siempre soportan uno y el mismo afecto, no faltan, sin embargo, algunos a los que esta pertinazmente adherido uno y el mismo afecto. Vemos, en efecto, que a veces los hombres son afectados por un objeto que, aunque no esté presente,

creen tenerlo delante; y, cuando esto sucede a un hombre que no está dormido, decimos que delira o está loco; y no menos locos se cree que están quienes arden en amor y pasan las noches y los días soñando solo en la amante o en la meretriz, puesto que suelen causar la risa. En cambio, cuando el avaro no piensa más que en el lucro o en las monedas, y el ambicioso en la gloria, etc., no se cree que deliran, ya que suelen ser molestos y se les considera dignos de odio. Pero, en realidad, la avaricia, la ambición, la lujuria, etc., son especies de delirio, aunque no se las enumere entre las enfermedades” (Spinoza, 2000; 214).

Entonces, la causa de la esclavitud humana no es otra cosa sino la desarmonía o falta de proporción tanto en nuestro cuerpo como en el alma. El filósofo insiste que todos los seres humanos somos susceptibles de padecer los afectos, no hay nadie que pueda sustraerse de ellos, pero es muy distinto que nos dejemos llevar de forma excesiva por un afecto cuando este nos influye, pues en ese caso olvidamos todo lo demás y sometemos a las demás partes del cuerpo y del alma al incremento de ese afecto. Un ejemplo muy ilustrativo de la forma en que un afecto toma posesión de la totalidad de nuestro ser es el odio, ya que, mientras odiamos a algo o a alguien no hacemos otra cosa sino desear su destrucción de la forma más demente, de tal manera que tanto nuestro cuerpo como nuestra alma solo se concentra en ello olvidando todos los demás afectos, y por supuesto, a la razón. El pensador nos explica cómo, incluso, si el odio que sentimos hacia el otro ser humano se topa con el odio que el siente hacia nosotros entonces ese odio incrementará de tal manera apoderándose de la totalidad de nuestro ser, ocupándolo exclusivamente en buscar la destrucción de aquello que odiamos.

En última instancia es claro que Spinoza apela siempre por una existencia humana armónica, pues en la naturaleza esa armonía se hace evidente como ley divina, mientras que, en el ser humano, la mayoría, vivimos de forma desequilibrada o no armónica y, por ende, esclavizados. Spinoza considera que a través del conocimiento podemos salir de la esclavitud a la que nos fuerzan los afectos, pues un ser humano esclavizado vive inevitablemente, en el error y como siempre nos ha dicho la filosofía, una vida en el error no vale la pena vivirse. La esclavitud surge por desconocimiento de la relación armónica que nuestra subjetividad conlleva,

dejándose arrastrar por cualquier afecto que toma posesión de nuestra humanidad como si fuéramos hojarasca llevada por el viento. Esclavitud es no conocimiento, algo que para los seres humanos es imperdonable. No obstante:

“También nos libramos de este error, con tal que nos esforcemos en examinar todas nuestras percepciones según la norma de la idea verdadera dada, procurando evitar, según dijimos al comienzo, las que adquirimos de oídas o por experiencia vaga. A parte de que ese error surge de que conciben las cosas demasiado abstractas, puesto que es por sí mismo evidente que lo que yo percibo en su verdadero objeto, puedo aplicarlo a otro. Este error, surge finalmente, también de que no comprenden los primeros elementos de toda la Naturaleza; de ahí que, como proceden sin orden, y, pese a que los axiomas son verdaderos, confunde la Naturaleza con las cosas abstractas, se confunden a sí mismos y trastruecan el orden de la Naturaleza. Nosotros, en cambio, si procedemos del modo menos abstracto posible y comenzamos lo antes posible por los primeros elementos, es decir, por la fuente y origen de la Naturaleza, no habremos de temer en absoluto tal error” (Spinoza, 2011 B; 107).

De ahí la invitación constante del filósofo para que podamos distinguir aquellos afectos y proporciones de estos que nos permitan una existencia adecuada, armoniosa y potente, al mismo tiempo hacerse notar aquellos afectos que impiden esa existencia armoniosa.

4.9 Sobre la posibilidad de la sabiduría

La filosofía de Spinoza tiene como objetivo primordial que los seres humanos podamos vivir sabiamente. Para ello en los capítulos anteriores se han establecido alguna de las premisas indispensables que permiten una existencia sabia.

La primera de ellas consiste en utilizar la razón o el entendimiento como forma de conocimiento, porque mediante esta facultad logramos una comprensión correcta del funcionamiento de la divinidad, así como de la naturaleza. Vivir de acuerdo con la razón es la aspiración máxima puesto que las cosas que se hacen en función de la razón son verdaderas y equilibradas. Deduce Spinoza:

“Que su fin último no es dominar a los hombres ni acallarlos por el miedo o sujetarlos al derecho de otro, sino por el contrario, liberar del miedo a cada uno para que, en tanto que sea posible, viva con seguridad, esto es, para que conserve el derecho natural que tiene la existencia, sin daño propio ni ajeno” (Ibid;321).

Ya que, propone actuar sabiamente o de manera razonable respecto a todo aquello que la existencia colectiva que los seres humanos nos puede proporcionar. Así como también lo que la naturaleza nos ofrece. Es decir:

“La teoría del entendimiento se introduce como un medio necesario para la salvación, implicando salvación un estado de felicidad completa y permanente. La teoría del conocimiento se configura en este respecto como paralela a la medicina y a la teoría de la educación de la juventud y complementaria de ellas; las tres son esenciales para proporcionar métodos prácticos de autoperfeccionamiento” (Hampshire, 1951; 80).

Ser capaces de llevar una vida bajo la guía de la razón consiste en una existencia moderada con ideas adecuadas para que el alma y el cuerpo se conserven y vivan en agradecimiento con su alrededor.

4.10 Libertad, sabiduría, tiempo y totalidad

Lo primordial para Spinoza es que podamos salir de una existencia esclavizada por los afectos, opiniones y la imaginación, hacia una vida dirigida por la razón y, por ende, por la verdad, es decir, la sabiduría en plena libertad. Conllevando el cuidado respecto a la totalidad de las partes que nos componen. Lo explica con mucha claridad el filósofo en la proposición 60 de la cuarta parte de la *Ética*: “el deseo que surge de la alegría o de la tristeza, que se refiere a una o a varias partes del cuerpo, pero no a todas, no tiene en cuenta la utilidad de todo el hombre” (Spinoza, 2000; 224). Así como sucede en la divinidad, que es una totalidad equilibrada y se reproduce ese equilibrio en la naturaleza, los seres humanos debemos de ser capaces a través de la razón, llevar una existencia equilibrada, procurando el buen desarrollo de la totalidad y no dejarnos arrastrar por una parte que sólo viene a significar la esclavitud.

Por ello, sabemos que los afectos surgidos de la tristeza son malos, inhiben nuestra potencia y nos esclavizan, pero en este caso también podemos notar que, si bien el afecto surgido de la alegría puede ser bueno, si solo atiende a una parte de la corporalidad inevitablemente resulta malo.

Se debe buscar la salud total y esto solo se concibe si somos capaces de equilibrar cada una de las partes o cuerpos que conforman nuestra corporalidad, así entonces la proposición 61 adquiere su cabal sentido, “el deseo que surge de la razón, no puede tener exceso” (Ibid;224). Es mejor elegir complementar la existencia con un deseo surgido de la razón, pues este es bueno porque atiende a la totalidad. También, jamás debemos permitir que una parte de nuestra corporalidad domine a la totalidad y la esclavice, más bien, hay que buscar siempre un equilibrio adecuado de la totalidad y de esa manera se evitan los excesos. Es decir:

“El hombre, el más potente de todos los modos finitos, es libre cuando se apodera de su capacidad de obrar, o sea cuando su *conatus* está determinado por ideas adecuadas de las que derivan afectos activos, los cuales se explican por su propia esencia. La libertad está siempre vinculada a la esencia y a lo que de ella se deriva, no a la voluntad ya lo que la regula” (Deleuze, 2004; 103).

Lo mismo sucede en lo que respecta al tiempo. En apartados anteriores se planteaba el gusto del que los seres humanos experimentamos por vivir el placer en presente, olvidándonos del futuro tanto como del pasado. Como ya sabemos la imaginación es esta facultad mediante la cual los seres humanos hacemos transacciones fraudulentas, por ejemplo, cambiar el presente por el futuro o el futuro por el presente en detrimento de nuestra potencia. Así somos capaces de efectuar algo que nos agrada demasiado en el presente solo porque la ocasión lo permite, olvidándonos de las consecuencias que nos traerán en el futuro. Es el caso, ejemplar, como de la embriaguez en donde nos dejamos seducir por el placer momentáneo y olvidamos todos los dolores que nos provocara el día de mañana. Un deseo nacido de la razón nos permite disfrutar del placer de una bebida sin llegar al extremo de olvidar las consecuencias que tendrá su consumo excesivo, luego no se niega la posibilidad del disfrute, pero tampoco se permite la enajenación del

exceso.

En términos de Spinoza se trata de que nuestra razón nos permita entender la naturaleza humana bajo las categorías de eternidad y necesidad y no bajo la simple imaginación del presente. Cuando la razón o el entendimiento humano llega a ese nivel de comprensión no cambia el presente por el futuro, pero tampoco el futuro por el presente da a cada uno de ellos su valor en función de lograr la mejor forma de perseverar en nuestro conato, es decir, disfruta de cada uno de los momentos sin dejarse arrastrar por la imaginación.

Es mejor no perder de vista la totalidad y actuar en función de la necesidad y la eternidad, esto sólo nos lo permite el uso correcto de nuestra razón; y ya sabemos que la razón nos permite acceder a una vida sabia y libre. Por ello:

- a) “Los supersticiosos, que aprendieron a reprobar los vicios más que enseñar las virtudes y que se afanan, no en guiar a los hombres por la razón, sino en controlarlos por el miedo, de suerte que antes huyan del mal que amen la virtud, no buscan, sino que los demás se hagan miserables como ellos. Y, por tanto, no es extraño que suelen ser molestos y odiosos a los hombres.
- b) Se explica con el ejemplo del enfermo y del sano. El enfermo come aquello a lo que tiene aversión, por temor a la muerte; en cambio, el sano goza de la comida y así disfruta de la vida mejor que si temiera a la muerte y deseara directamente evitarla. Así el juez, que condena a muerte al reo, no por odio, ira, etc., sino por el solo amor a la salud pública, solo se guía por la razón” (Spinoza, 2000; 226).

Actuar en función de la necesidad y la eternidad es algo que solo nos permite el uso correcto de nuestra razón; y ya sabemos que la razón nos permite acceder a una vida sabia y libre. Como se observa en la proposición 72 de la cuarta parte de la *Ética*: “el hombre libre nunca actúa con dolo, siempre con buena fe” (Ibid;231).

4.11 Del camino de la esclavitud a la libertad

Como puede verse, la filosofía del pensador holandés tiene como uno de sus supuestos fundamentales el hecho de que a través del uso correcto de la razón nos

encaminamos hacia la libertad, “puede decirse que somos libres en cuanto que seguimos, en nuestro pensamiento, el verdadero orden intelectual de las ideas, poseer ese conocimiento adecuado de las causas conlleva necesariamente un conocimiento más completo de la Naturaleza en su conjunto” (Hampshire, 1951; 116). La afirmación anterior, implica diversas cosas que no podemos pasar por alto. Una de las primeras, es que, si bien al nacer los seres humanos están dentro del orden divino, lo cual significa que están dentro de la verdad, el hecho de no poseer un uso pleno de la razón no nos hace plenamente libres, sino más bien nos deja sometidos a los instintos y a los afectos que reciben del exterior. Anudado a lo anterior se da el fenómeno de aprendizaje mediante el cual nos vamos apropiando de todas las construcciones, tanto racionales como quiméricas mediante las cuales quedamos encadenados a los afectos que producen en el ser humano.

Por tanto, la filosofía o el ejercicio del pensar lo entiende como un ejercicio constante de liberación; se trata de recorrer la senda que permita irnos liberando de los afectos esclavizantes a través de un ejercicio más pleno de la razón. Cada vez que ejercitamos a la razón o el pensamiento para comprender de mejor manera el orden divino, nos damos cuenta de que afectos como la crueldad, el miedo, la gula, la ebriedad, la avaricia, la lujuria, entre otros, son productos de la imaginación y no de la razón. En la medida en que comprendemos lo anterior vamos liberándonos de su arrebató y asumiendo una vida más libre. Debido a que:

“El hombre que se hace razonable, fuerte y libre, comienza por hacer todo lo que se halla en su poder para experimentar pasiones dichosas. Por lo tanto es él quien se esfuerza en sustraerse al azar de los encuentros y al encadenamiento de pasiones tristes, de organizar los buenos encuentros, de componer su relación con las relaciones que se combinan directamente con la suya, de unirse con lo que conviene en naturaleza con él, de formar la asociación razonable entre los hombres; todo de aquello, de manera de ser afectado de dicha” (Deleuze, 1996; 255).

La ingratitud, el odio, la ira, la soberbia, la avaricia y la necedad son los principales rasgos que un hombre esclavizado muestra en su existencia. Todos esos afectos surgen de la ignorancia respecto al orden divino y del capricho de cada uno de los

seres humanos que quieren que el orden divino se sujete a sus exigencias. Spinoza nos propone, por lo tanto, ser capaces de liberarnos de la impotencia provocada por cada uno de esos afectos y vivir una vida en donde ninguno de ellos merme la potencia de actuar de acuerdo con la razón.

Lo anterior, solo se puede lograr si se lleva a cabo una transformación real de nuestro modo de habitar en el mundo para que a partir de ahí logremos una existencia distinta que en palabras del filósofo consiste en lo siguiente:

“Estas cosas y otras similares, que hemos mostrado acerca de la verdadera libertad del hombre, se refieren a la fortaleza, esto es, a la firmeza de ánimo y a la generosidad. Ni creo que valga la pena demostrar aquí por separado todas las propiedades de la fortaleza, y mucho menos que el varón fuerte no tiene odio a nadie, no se irrita contra nadie, no envidia, ni se indigna, ni desprecia a nadie y no es absolutamente soberbio. Pues estas cosas, y todas las que se refieren a la verdadera vida y a la religión, se derivan fácilmente a saber: que el odio debe ser vencido con el amor y que todo aquel que se guía por la razón, desea para otros el bien que desea para sí. A lo cual se añade lo que hemos señalado en otros lugares, a saber, que el hombre fuerte considera ante todo esto, a saber, que todas las cosas se siguen de la necesidad de la naturaleza divina y que, por tanto, todo cuanto piensa que es molesto y malo, y todo cuanto, además, parece impío, horrendo, injusto y deshonesto, se debe a que concibe las cosas mismas de forma desordenada, mutilada y confusa. Y por eso mismo el hombre fuerte se esfuerza, ante todo, en concebirlas cosas como son en sí y en remover los obstáculos del verdadero conocimiento, como son el odio, la ira, la envidia, la irrisión, la soberbia y las demás de este género, que hemos indicado anteriormente. Y, por consiguiente, se esfuerza cuanto puede, como hemos dicho, en obrar bien y alegrarse. Hasta donde, sin embargo, se extienda, la virtud humana en orden a conseguir todo esto y cual sea su poder, lo demostraré en la parte siguiente” (Spinoza, 2000; 232).

Capítulo V. Del conocimiento de Dios y sus consecuencias

5.1 De la potencia del entendimiento a la libertad humana

En los cuatro apartados anteriores el filósofo ha venido colocando las bases mediante las cuales puede efectuar la transición de una vida esclavizada a una vida libre. Esa transición y el camino que se debe recorrer para poder efectuar una existencia libre es largo y sinuoso, sin embargo, es el objetivo final que la filosofía debe perseguir, pues ésta no tiene ningún otro objetivo que permitirnos una existencia lo más libre posible.

De acuerdo con los postulados del pensador hemos establecido la pugna constante entre la razón y la imaginación; como ya sabemos la imaginación es la facultad mediante la cual nos esclavizamos a partir de las ideas confusas que genera en nuestra alma; por su parte la razón o el entendimiento es la facultad liberadora, en la medida en que a través del conocimiento del orden divino y de las causas de cada uno de los objetos permite la liberación de miedos absurdos y otros tantos afectos esclavizantes.

Se trata entonces de una pugna entre la potencia de la razón o el alma y los desvaríos de la imaginación. Ciertamente, en la mayoría de los seres humanos la imaginación se impone con mayor contundencia, pues esa mayoría de humanos vive en la ignorancia, el miedo y la esclavitud. Bajo la luz de la razón son muy pocos los seres humanos dispuestos a guiarse por el entendimiento y potenciar al máximo su capacidad de entendimiento. Para el pensador holandés no hay duda alguna respecto al poder de la razón sobre los afectos.

“Así solo trataré, pues, como he dicho, de la potencia del alma, o sea de la razón, y mostraré, antes de nada, de qué grado y calidad es el dominio que tiene sobre los afectos, a fin de reprimirlos y moderarlos” (Spinoza, 2000; 243).

El aprendizaje filosófico para tratar de llevar una vida de libertad conlleva un crecimiento gradual, en el cual difícilmente se alcanzará una perfección absoluta. Aunque Spinoza:

“No pueda sostener que, al estudiar su teoría del conocimiento, se nos proporcionan los medios para escoger el camino recto a fin de vivir, como hombres libres, sí se nos proporcionan, al menos, los medios para distinguir entre la libertad y servidumbre” (Hampshire, 1951; 83).

Ese es el punto en donde se separa de forma contundente de una *Ética* como la de los estoicos y de René Descartes, pues en ambos casos consideran que es posible un dominio absoluto de los afectos llevándolos a una perfección absoluta. Por el contrario, Spinoza está consciente de la enorme dificultad implicada en la transformación en nuestro modo de habitar el mundo y, por lo tanto, del esfuerzo para avanzar respecto al dominio o moderación de los afectos, solo a través del esfuerzo y el ejercicio constante se puede ir modificando la conducta y la forma en que encaramos los afectos, lo cual no debe entenderse como algo imposible sino algo susceptible de lograrse.

Para conseguir lo anterior considera necesario establecer dos axiomas:

- 1.- “Si en un mismo sujeto se excitan dos acciones contrarias, necesariamente deberá producirse un cambio, o en ambas o en una sola, hasta que dejen de ser contrarias.
- 2.- La potencia de un efecto se define por la potencia de su causa, en cuanto que su esencia se explica y define por la esencia de su causa” (Spinoza, 2000; 246).

Mediante el primer axioma se establece la posibilidad de que la razón al chocar con un afecto tenga la capacidad de modificar o cambiar la potencia de la afección y determinarla mediante el conocimiento. Si lo anterior no fuera posible el ser humano carecería de posibilidad de sustraerse a la esclavitud en la que lo coloca los afectos.

Mediante el segundo axioma apunta a la necesidad de que entendamos las causas de un afecto a partir del conocimiento y la razón y no en función de la imaginación. En la primera parte de la ética estableció con toda claridad que la causalidad de la naturaleza no radica en otra parte sino en Dios, y a su vez, que Dios actúa de acuerdo con la razón; si nosotros analizamos de forma correcta cualquiera de los afectos inevitablemente encontraremos que se explican a partir de la divinidad, dejando de imaginar otras causas.

Si se resume lo anterior podemos vislumbrar que Spinoza parte de la potencia del entendimiento para poder moderar la potencia de los afectos, esto es susceptible de lograrse a partir de la inteligencia o el alma mediante dos formas del método que se complementan, la primera de ellas es a través de la contemplación de los afectos con distinción, la segunda, el observarlos con exactitud. En términos sencillos de lo que se trata es no dejarnos arrastrar intempestivamente por los afectos y tener la capacidad de colocar un alto ante su violencia para explicarnos porque padecemos lo que padecemos, lo anterior, le quita su potencia desmedida al afecto, lo coloca en el orden de la reflexión, ya que, “la potencia y perfección de un alma individual se incrementa según se hace menos pasiva y más activa y autosuficiente en la producción de ideas” (Hampshire, 1951; 92). Ya sabemos que el orden de lo extenso es el mismo que el orden del pensamiento, por lo cual, si el pensamiento es capaz de entender el orden de las cosas influye en que el cuerpo actúe en función de ese orden. En este filósofo no hay separación entre inteligencia y cuerpo, por ende, el cuerpo puede influir en el alma, pero también el alma puede influir en el cuerpo, “según se ordenan y concatenan los pensamientos y las ideas de las cosas en el alma, así exactamente se ordenan y concatenan las afecciones del cuerpo, o sea, las imágenes de las cosas en el cuerpo” (Spinoza, 2000; 246).

Dentro de esa conexión de alma y cuerpo surgen los afectos, el primero, es la alegría, el segundo, es la tristeza; ambos van acompañados de una causa exterior y si esta causa exterior se suprimiera no sería posible la existencia de esos afectos. Al surgir la pasión se producen ideas confusas que afectan al alma privándola de ideas claras y distintas, arrastrando con ella al cuerpo. Solo se erradica como se muestra en la siguiente cita: “un afecto que es pasión deja de ser pasión tan pronto

como formamos una idea clara y distinta” (Ibid;247). Los deseos o pasiones sólo parten de ideas inadecuadas por eso es necesario formar un concepto claro y distinto, ya que es el único remedio o solución para erradicar las pasiones, es a través del conocimiento y el surgimiento las ideas adecuadas como se combaten las pasiones. Ya que, “al experimentar esas pasiones, estamos simplemente reaccionando ante causas exteriores: nuestra vida consciente actúa en el plano de la percepción sensible y la imaginación y no en el pensamiento lógico o entendimiento activo” (Hampshire, 1951; 97).

Al imaginar los afectos, como anteriormente se había explicado, no se da por hecho que estén surgiendo de esa misma manera en la realidad: “el afecto hacia una cosa que imaginamos simplemente, y no como necesaria ni como posible ni como contingente, en igualdad de circunstancias, es el mayor de todos” (Spinoza, 2000; 248). Dios es necesario que exista para que surja con ello la naturaleza y el orden del mundo, al igual que es necesario para que existan los seres finitos, y si cada uno como ser individual no se enfoca en girar dentro de esa necesidad que conlleva a una existencia tranquila y razonable, las pasiones se apoderan de uno mismo porque más bien se actúa conforme al capricho y la imaginación.

Spinoza reitera de manera clara que cada ser humano o bien actúa por medio de ideas adecuadas, que conllevan razón, o actúa por medio de ideas inadecuadas, que no conllevan razón; el pensador holandés propone las bases para la contemplación del orden divino o de la naturaleza y actuar de acuerdo con la misma necesidad de ese orden total para el bienestar de sí mismo y de los demás.

Por eso más vale adquirir afectos que no son contrarios para que así se vayan multiplicando de acuerdo con la propia acción, por ejemplo, que de la alegría surjan otros como: la esperanza, la seguridad, el aprecio, la misericordia, el contento, etc., a que surjan afectos contrarios que afecten al alma y al cuerpo, por ejemplo, que de la tristeza surjan otros como: el odio, la irrisión, la desesperación, la burla, el miedo, etc. Así lo demuestra la siguiente proposición: “mientras no soportamos conflictos de afectos que son contrarios a nuestra naturaleza, tenemos la potestad de ordenar y concatenar las afecciones del cuerpo según un orden relativo al entendimiento” (Ibid;250).

Así entonces la potencia del alma está impedida mientras soporta los conflictos de los afectos que son contrarios a nuestra naturaleza, y no está impedida mientras que evita los conflictos de afectos contrarios y, por consiguiente, tiene la potestad de formar ideas de acuerdo con la razón. Es decir, que al momento de actuar se debe analizar cada uno de los afectos negativos para corregirlos, por ejemplo, en lugar de tener miedo u odio hacia alguna cosa, más bien cada uno como ser humano necesita deducir cuales son las causas que nos está provocando el sentirnos de esa manera y con qué afecto bueno se puede remplazar. Se comprueba con la siguiente idea del Escolio:

[c] “Pero hay que advertir que, al ordenar nuestros pensamientos e imágenes, hay que atender siempre a aquello que en cada cosa es bueno, a fin de que siempre seamos determinados a actuar por un afecto de alegría. Por ejemplo, si alguien ve que persigue demasiado la gloria, pensará en su uso correcto y con qué fin hay que perseguirla y por qué medios puede ser adquirida; y no, en cambio, en su abuso y en la vanidad e inconstancia de los hombres o en cosas por el estilo, en las que nadie piensa, si no es por una enfermedad del ánimo. Pues con estos pensamientos se afligen, por encima de todo y de todos, los ambiciosos, cuando desesperan de alcanzar el honor que ambicionan; y, mientras vomitan ira, quieren aparecer sabios. Por eso, es cierto que los más ansiosos de gloria son aquellos que más claman sobre su abuso y la vanidad del mundo. Ni es esto exclusivo de los ambiciosos, sino común a todos aquellos a los que la fortuna es adversa y que son impotentes de ánimo. Porque tampoco el pobre avaro deja de hablar sobre el abuso del dinero y los vicios de los ricos, con lo que no consigue otra cosa que torturarse a sí mismo y mostrara otros que él, no sólo soporta de mal grado su pobreza, sino también las fuerzas de los demás. Y así también, quienes han sido mal recibidos por su amante, no piensan más que en la inconstancia y animo engañoso de las mujeres y en los demás cacareados vicios suyos; pero los dejan caer todos en el olvido tan pronto son de nuevorecibidos por su amante.

[d] Así, pues, quien intenta moderar sus afectos y apetitos por el solo amor a la libertad, esté se esforzará cuanto puede en conocer las

virtudes y sus causas, y en llenar el ánimo del gozo que nace de su verdadero conocimiento; pero de ningún modo en contemplar los vicios humanos y denigrar a los hombres, ni en alegrarlos con una falsa apariencia de libertad. Y quien observe con diligencia estas cosas (pues tampoco son difíciles) y las ejercite, ese podrá en un breve espacio de tiempo dirigir casi siempre sus acciones según el mandato de la razón” (Ibid;252).

Por otro lado, no sirve de nada aparentar que se actúa de acuerdo con la razón si realmente no se lleva a la práctica todo lo que implica la libertad de afectos, por eso es necesario entender. Al entender todo lo necesario conlleva a comprender a Dios. Así pues, Spinoza, habiendo aplicado su espíritu a la política, menciona: “no he intentado demostrar nada que sea nuevo o inaudito, sino demostrar solo aquellas cosas que están muy de acuerdo con la práctica, por razón cierta e indudable, y deducirlas de la condición misma de la naturaleza humana” (Spinoza, 2011 C; 343)

5.2 De las imágenes o afectos claros y distintos al amor de Dios

Toda esta lucha por la libertad conlleva una decisión propia de cada ser humano a partir de formar imágenes de las cosas de manera clara y distinta; al referirnos a este tipo de imágenes el alma las contempla de esa manera, nos damos cuenta de que entre más cosas se refiere a una imagen o un afecto, más causas se dan por las que pueden ser excitadas y fomentadas; pero si no formamos imágenes de las cosas de manera clara y distinta, ya que a este tipo de imágenes las contempla la imaginación, nos daremos cuenta que entre menos cosas se refieren a una imagen ideas inadecuadas o un afecto, menos causas se dan por las que puedan ser excitadas y fomentadas. Esto lo demuestra Spinoza en la proposición 11: “a cuantas más cosas se refiere una imagen, más frecuente es y más a menudo se aviva y más ocupa el alma” (Spinoza, 2000; 253).

Al entender clara y distintamente contemplamos las imágenes más fácilmente remitiendo al orden divino, de ahí que: “el alma puede hacer que todas las afecciones del cuerpo o imágenes de las cosas se refieran a la idea de Dios” (Ibid;253). Por lo tanto, existe un orden divino y como seres humanos formamos parte de ese orden, tanto el alma como el cuerpo, así entonces, quien ama a Dios

se conoce clara y distintamente a sí mismo y entiende sus afectos; quien no ama a Dios, no se conoce clara y distintamente a sí mismo y no entiende sus afectos. Por ejemplo, al entender las imágenes amamos a los árboles, las flores, los animales, el cielo, el sol, la luna, las estrellas, etc., ya que forman parte Dios y, por lo tanto, del orden de lo existente, pero al no entender las imágenes o afectos no amamos a los árboles, las flores, ni al cielo o al sol sino más bien los odiamos, inclusive, hasta nuestra propia existencia y al odiar todo lo que nos conforma estaríamos negando a Dios, lo cual sería absurdo. Spinoza recalca que es necesario alejarse de estos pensamientos negativos y convertirlos en imágenes o afectos positivos entendiendo el orden divino de manera clara y distinta, como lo es el entendimiento de Dios, ya que está unido a las afecciones del cuerpo y debe ocupar el máximo en el alma.

El amor de Dios está unido a todas las afecciones del cuerpo y el alma, ocupando el máximo de nuestro ser, dado que ese orden divino es el amor de Dios que nos permite llevar una existencia libre y justa y, por lo tanto, al ser así nuestra existencia como seres humanos es libre al igual que la existencia de Dios.

Dios no puede pasar ni a una mayor o menor perfección, porque no es afectado por ningún afecto de alegría ni de tristeza y al no ser susceptible de afecciones tampoco tiene amor ni odio a nadie, ya que la idea de Dios que existe dentro de cada ser humano que se guía por el entendimiento es adecuada y perfecta, es decir, no es una idea introducida por la imaginación. No puede existir la tristeza acompañada de la idea clara y distinta de Dios, porque es imposible detestar al orden divino y el orden natural; la tristeza se puede superar cuando entendemos el orden divino buscando las causas que la convierten en pasión para que deje de serlo y se vuelva alegría.

Se observa con claridad en la proposición 19 que: “quien ama a Dios, no puede esforzarse por que Dios le ame a su vez” (Ibid;255), es decir, nosotros amamos a Dios una vez que lo conocemos y comprendemos; por su parte Dios lo único que hace es ordenar la naturaleza, lo que se entiende como un amor puro. Amar a Dios significa amar el entendimiento, como si fuese un acto de agradecimiento. Dios no fomenta los afectos de envidias ni de celos ya que fomenta el amor que es el sumo bien, que parte del dictamen de la razón. En cuanto el amor de Dios parte de los

afectos a través de las ideas claras y distintas, no hay posibilidad que otro afecto lo pueda destruir. Por consiguiente, de aquí:

“Del hecho de que la potencia de las cosas naturales por la cual existen y obran es la mismísima potencia de Dios, fácilmente entendemos que es el derecho de la naturaleza. Pues ya que Dios tiene derecho a todas las cosas, y ya que el derecho de Dios no es ninguna otra cosa que la potencia misma de Dios en la medida en que ésta es considerada absolutamente libre, de aquí se sigue que cada cosa natural tiene tanto derecho de la naturaleza como potencia tiene para existir y obrar; puesto que la potencia de cada cosa natural por la cual existe y obra, ninguna otra es que la potencia misma de Dios que es absolutamente libre” (Spinoza, 2000; 351).

5.3 Del alma al tercer género de conocimiento

Al existir el cuerpo el alma existe, pero de forma inversa al existir el alma el cuerpo existe; ambos expresan la existencia actual y padecen las afecciones actuales; el cuerpo al no existir el alma no puede ni imaginar ni recordar las cosas pasadas y no puede expresar su existencia ni sus afecciones actuales, por lo tanto, es imposible que el alma exista sin el cuerpo, así como el cuerpo sin el alma. Así lo demuestra la siguiente proposición: “el alma no puede imaginar nada ni recordar las cosas pasadas sino mientras dura el tiempo” (Spinoza, 2000; 257). Por lo que, Dios no solo es causa de nuestra existencia sino también de nuestra esencia y con cierta necesidad eterna. El único que es causa de la existencia y de su esencia de cualquier cuerpo humano con cierta necesidad eterna es Dios.

En Dios se da un concepto o algo que gira dentro de su eternidad, esto es, la esencia del cuerpo humano pertenece a la esencia del alma humana que abarca dentro de su necesidad, que es la esencia de Dios, por lo tanto, es eterna. Como existencia dentro del ser humano, el alma puede ser definida por el tiempo en cuanto que expresa su actual existencia que abarca la duración y el tiempo, por otro lado, en cuanto nos entendamos a nosotros mismos, como a los afectos, más entenderemos a Dios.

Todo lo que abarca Dios conlleva al tercer genero de conocimiento. Que lo define Spinoza con la siguiente Demostración de la proposición 25:

“El tercer genero de conocimiento procede de la idea adecuada de algunos atributos de Dios al conocimiento adecuado de la esencia de las cosas; y en cuanto más entendemos las cosas de este modo, más entendemos a Dios. Y, por tanto, la suprema virtud del alma, esto es, la suprema potencia de la naturaleza, o sea, el supremo esfuerzo del alma es entender las cosas con el tercer genero de conocimiento” (Ibid;259).

El correcto funcionamiento del ser humano parte del orden de Dios, luego de la naturaleza que nos conforma (cuerpo y pensamiento), a partir de ellos se otorga la capacidad de movilidad y de entendimiento en el alma para desarrollar su esencia, guiando con el entendimiento cada uno de los pasos con la finalidad de que todo el ser actúe conforme a las ideas adecuadas y no se deje arrastrar por las pasiones, pues “hablando a la manera humana, decimos que un hombre obedece a Dios cuando lo ama con espíritu integro, y por el contrario que peca cuando es guiado por el ciego deseo” (Spinoza, 2011; 365), para después, facilitar que cada ser humano capte de manera correcta el tercer genero de conocimiento.

El alma, cuanto más entienda el tercer genero de conocimiento, más desea entender las cosas de este tercer genero de conocimiento, es decir, se liberará de cualquier perjuicio, el alma, cuanto menos entienda este tercer genero de conocimiento, menos desea entender las cosas de este género de conocimiento, por lo tanto, se esclavizará. Se observa, en la proposición 27: “de este género de conocimiento nace la mayor tranquilidad del alma que puede darse” (Spinoza, 2000; 259). La suprema virtud del alma es tener el conocimiento claro y distinto de Dios, así mismo, es entender las cosas del tercer genero de conocimiento. Ya que, entre más se conocen las cosas del tercer género más se logra la perfección humana, afectando de alegría y virtud a cada ser humano.

Después, la proposición 28 considera que: “el esfuerzo o deseo de conocer las cosas con el tercer género de conocimiento no puede surgir del primero, pero si del segundo género de conocimiento” (Ibid;259). Debido a que, el primer género de conocimiento, son las ideas mutiladas y confusas, el segundo género de

conocimiento, son las ideas claras y distintas, es decir, ideas adecuadas, el tercer género procede de la idea adecuada, por lo tanto, el tercer género de conocimiento proviene del segundo género de conocimiento, la esencia del alma y cuerpo. Es decir:

“El primer género de conocimiento solamente tiene por objeto los encuentros entre partes, según sus determinaciones extrínsecas. El segundo género se remonta a las composiciones de relaciones características. Pero solo el tercer género de concierne las esencias eternas: conocimiento de la esencia de Dios y de las esencias particulares tal cual son en Dios y concebidas por Dios. (Así, en los tres géneros de conocimiento, reencontramos los tres aspectos del orden de la Naturaleza: orden de las pasiones, orden de composición de las relaciones, orden de las esencias mismas)” (Deleuze, 1996; 298).

El alma entiende el orden de Dios, primeramente, porque forma parte de una especie de eternidad concibiendo la existencia presente del cuerpo, mientras se encuentra la duración, la cual es determinada por el tiempo. Sólo en ese sentido tiene el poder de concebir las cosas en relación con el tiempo. Es decir, el alma dentro de esa eternidad tiene su función de la eternidad, ya que todo tiene un orden, por eso al momento de existir se tiene que ampliar nuestro conocimiento, en cuanto que se entiende el orden de eternidad, yo como ser humano no dejo de ser temporal. Así mismo en la proposición 30 lo demuestra: “en la medida en que nuestra alma se conoce a sí misma y al cuerpo bajo una especie de eternidad, tiene necesariamente el conocimiento de Dios y sabe que ella está en Dios y se concibe por Dios” (Spinoza, 2000; 260).

Esto es, la esencia de Dios implica la existencia necesaria y eterna; tanto la esencia del alma y la esencia del cuerpo son concebidas como reales y se dan a partir de lo que se entiende como eternidad. Una vez que tiene el alma un conocimiento de Dios necesariamente adecuado procede a entender las cosas del tercer conocimiento ya mencionado. Por eso mismo, el alma es causa adecuada dentro del conocimiento de Dios. Pues:

“Una idea adecuada del mayor número de cosas posibles, siempre en su esencia o bajo la especie de la eternidad. Una idea adecuada de Dios, en tanto Dios contiene todas las esencias, y las comprende todas en la producción de cada una (luego en la producción de la nuestra en particular)” (Deleuze, 2008; 299).

5.4 El amor intelectual de Dios

Una vez entendido con más claridad el tercer género de conocimiento nace necesariamente el amor intelectual de Dios. Como lo demuestra la proposición 32: “Todo lo que entendemos con el tercer género de conocimiento, gozamos de ello y este gozo va acompañado de la idea de Dios como causa” (Spinoza, 2000; 262). Del tercer género de conocimiento nace en el alma la mayor tranquilidad y alegría acompañada de la idea del ser infinito que es Dios. Ya que:

“Bajo el tercer género de conocimiento, formamos ideas y sentimiento activos que son en nosotros como son inmediatamente y eternamente en Dios. Pensamos como Dios piensa, experimentamos los sentimientos mismos de Dios. Formamos la idea nosotros-mismos tal cual es en Dios, y al menos en parte formamos la idea de Dios tal cuales en Dios él mismo: las ideas del tercer género constituyen pues una dimensión más profunda de lo innato, y las dichas del tercer género son las únicas verdaderas afecciones de la esencia en ella misma” (Deleuze, 1996; 303).

Así se da el amor intelectual de Dios, no en cuanto solo imaginemos como presente sino más bien en cuanto que permanece eterno. En el escolio de la proposición 33 se resalta:

“Aunque este amor a Dios no ha tenido comienzo, tiene, sin embargo, todas las perfecciones del amor, como si hubiera nacido, tal como hemos fingido en el corolario de la proposición anterior. Ni existe aquí diferencia alguna, excepto que estas perfecciones, que hemos fingido sobrevenir al alma, las posee como eternas, y acompañadas de la idea de Dios como causa eterna. Y, si alegría consiste en el paso a una perfección mayor, la felicidad debe consistir sin duda en que el alma esté en posesión de la perfección misma” (Spinoza, 2000; 262).

Con exactitud no se sabe su comienzo del amor intelectual de Dios, pero lo que sí se sabe es que es tan perfecto y en Él no existen rencores ni envidias sino más bien existe la alegría de los afectos provenientes que son tan perfectas como Él mismo.

Existe una dualidad entre el alma y el cuerpo, sin una ni otra no existirían, pero es necesario resaltar algunos detalles del alma para que las ideas se complementen de manera clara y distinta sin perder de vista la función que desempeña el ser humano en Dios. Al tener una imaginación presente de Dios surgen ilusiones distorsionadas en el alma partir de la realidad provocando ideas confusas que conllevan al error y afectos que se refieren a las pasiones, un ejemplo de ello es imaginar que hay vida después de la muerte, es decir, memorizarse que habrá una permanencia. Entonces, la manera de cambiar la percepción con respecto a la imaginación es desde las ideas surgidas del alma a partir de la idea de Dios como causa eterna, ya que al actuar con ideas adecuadas y con consciencia surge el tercer genero de conocimiento y con ello, el amor intelectual de Dios.

“Entender a Dios tiene que significar entender la Naturaleza, auto creadora y auto creada; en el tercer y más alto nivel de conocimiento, el intuitivo todo detalle individual del mundo natural se presenta relacionado con la estructura total de la Naturaleza; cuanto más nos alegramos, como naturalistas filosóficos, al investigar en detalle el orden de las causas naturales, más puede decirse que poseemos un amor intelectual de Dios” (Hampshire, 1951; 121).

Un ejemplo del alma que actúa a partir de la eternidad es aceptar nuestra permanencia dentro de la propia existencia, para luego, actuar con ideas adecuadas establecidas para la realidad, por medio de la alegría sin pensar que existe vida después de la muerte y esforzarse con ánimo día con día.

De forma más evidente, el amor intelectual significa que Dios es infinito ya que es causa de si, por si y en sí mismo, por lo tanto, Dios es único e indivisible, al igual que su naturaleza, debido a que, “el entendimiento divino no es sino un modo mediante el cual Dios no comprende otra cosa que su propia esencia y lo que de ella se desprende; su voluntad no es sino un modo conforme al cual todas las consecuencias derivan de su esencia o de lo que él comprende” (Deleuze, 2004;

119). Y de ahí mismo surge nuestra propia felicidad a partir del amor de Dios a los seres humanos. Así lo demuestra el Escolio de la proposición 36:

“[a] Por esto entendemos claramente en qué consiste nuestra salvación o felicidad o libertad, a saber, en el amor constante y eterno a Dios, o sea, en el amor de Dios a los hombres. Y no sin razón en los libros sagrados este amor o felicidad se llama gloria. Pues, ya se refiera a Dios ya al alma, este amor se puede denominar correctamente tranquilidad del ánimo, la cual no se distingue realmente de la gloria. Pues, en cuanto que se refiere a Dios, es alegría, -permítaseme emplear todavía la palabra- acompañada de la idea de sí mismo, como lo es también en cuanto que se refiere al alma. Además, como la esencia de nuestra alma consiste sólo en aquel conocimiento del que Dios es el principio y fundamento, nos resulta por ello evidente cómo y por qué nuestra alma, según la esencia y la existencia, se sigue de la naturaleza divina y depende continuamente de Dios [.]

[b] Y he creído que merecía la pena señalarlo aquí, a fin de mostrar con este ejemplo cuanto valor tiene el conocimiento de las cosas singulares, que he llamado intuitivo o de tercer género, y cuanto más valioso es que el conocimiento universal que he llamado segundo género. Pues, aunque en la primera parte he demostrado, de forma general, que todas las cosas (Y por tanto también el alma humana) dependen de Dios en cuanto a la esencia y a la existencia, aquella demostración, aunque sea legítima y alejada de toda duda, no afecta, sin embargo, a nuestra alma del mismo modo que cuando eso mismo es deducido de la esencia misma de cualquier cosa singular, que decimos depender de Dios” (Spinoza, 2000; 264).

Todo lo anterior conlleva a mostrar que no existe nada contrario al amor intelectual de Dios ya que es la única verdad eterna, como se resalta en la demostración de la proposición 37:

“Este amor intelectual se sigue necesariamente de la naturaleza del alma, en cuanto que, como verdad eterna, ésta es considerada por medio de la naturaleza de Dios. Si existiera pues, algo que fuera contrario a este amor, sería contrario a la verdad; y, por tanto, aquello que

podría suprimir este amor, haría que lo que es verdadero fuese falso, lo cual es absurdo. Luego no existe nada en la naturaleza, etcétera” (Ibid;265).

Porque si se diera el caso contrario del amor intelectual de Dios, los seres humanos harían las cosas a partir de ideas confusas y así no comprenderían el orden de la naturaleza, por ello, se estaría suprimiendo la verdad y eso sería absurdo dentro de la necesidad que Dios nos ha otorgado para vivir de manera adecuada.

Resaltando el pensamiento de Spinoza con respecto al amor intelectual de Dios y todo lo que conlleva, en ningún momento considera que se puede erradicar de forma total la contrariedad, ya que, si fuese así, cada ser humano en su individualidad no sería variable en sus pensamientos ni cometería errores; más bien el filósofo holandés otorga todas sus herramientas para desprenderse de esos erróneos pensamientos y encaminarlos hacia ideas adecuadas. El ser humano al momento de entender a qué se refiere el amor intelectual y todo lo que engloba el tercer género de conocimiento sufre menos la influencia de los afectos que surgen de las pasiones y no le teme a la muerte, ya que obtiene las herramientas para captar y reflexionar con respecto a que la filosofía no es una meditación sobre la muerte sino más bien el medio para aprender a vivir éticamente durante nuestro periodo de existencia y aceptar lo que es.

Se menciona en la proposición 39 lo siguiente: “quien tiene un cuerpo apto para muchísimas cosas, tiene un alma cuya mayor parte es eterna” (Ibid;265) y significa, primero, que el cuerpo debe estar totalmente adecuado con afectos que no dañen su integridad para seguir su orden de acuerdo con el entendimiento, y así el alma tiene una mayor parte eterna porque parte de la idea de Dios y de su entendimiento obteniendo su propia felicidad.

Al no tener un cuerpo apto se sufre más con los afectos que dañan su integridad para no seguir su orden de acuerdo con el entendimiento, y así el alma no parte del pensamiento sino más bien de las pasiones, esto es, al tener un cuerpo no apto para desarrollarse adecuadamente tiene un alma que en su mayor parte no se vincula con lo eterno, lo que resulta en el incremento del afecto de tristeza.

Recordemos que como seres humanos estamos a diario en un constante cambio, en el cual existen tropiezos, pero también surgen muchos impulsos para seguir adelante en el alma y el cuerpo, entonces, de uno mismo va a depender estancarse en esos tropiezos o avanzar, ser felices o infelices, guiarse del camino del bien o de las pasiones, etc. Entonces, Spinoza nos invita a reflexionar y a madurar para que la mayor parte de nuestra existencia pongamos en acción todos los fundamentos desarrollados en la Ética con la finalidad de ser felices y llevar una vida con un cuerpo sano y balanceado.

Por ejemplo, cuando eres un niño pequeño dependes de las cosas, aunque conlleve lo más simple, como nuestra mamá o papá para alimentarnos, ducharnos, llevarnos al baño etc.; esto es, debido a los sentidos que apenas se están desarrollando, y así su alma no es independiente, ni tiene conciencia propia, inclusive de Dios ni de la propia naturaleza. De acuerdo a lo anterior, es la misma explicación que Spinoza representa para no darle la importancia a la imaginación sino más bien al entendimiento en la vida real, esto es que, la niñez representa en la vida adulta un problema muy grave cuando no se ha madurado, como se analiza a continuación: una vez que los padres te guían según su criterio con las bases correctas para crecer y ser un adulto consciente va a depender de sí mismo, aferrarse en seguir siendo seres pequeños incompletamente desarrollados y no buscar la independencia y creando falsas expectativas de Dios porque se guía a partir de las pasiones va a dar como resultado la propia tristeza del alma y cuerpo, pero si más bien el ser humano aprende de su dependencia y está en constante cambio para conseguir su independencia y su mejora en el cuidado del cuerpo y su alma fundamentándose totalmente en Dios quiere decir que está alcanzando su plena felicidad. Y por ello:

“El verdadero conocimiento y amor de Dios no puede estar sujeto al imperio de nadie, como tampoco el amor para con el prójimo; y si además consideramos que el ejercicio supremo del amor es aquel que lleva a velar por la paz y a procurar la concordia, no dudaremos que en verdad ha cumplido con su deber aquel que da a cada uno tanta ayuda como le permiten los derechos de ciudadanía, esto es, concordia y tranquilidad” (Spinoza, 2011 C; 372).

Así se demuestra que los seres humanos necesitan madurar y reflexionar, para que el alma en el cuerpo se vuelva perfecto, ya que comprenden en su totalidad la realidad. Entre más actúa el ser humano menos padece de afectos y se proporciona a un entendimiento correcto.

5.5 Piedad y religión

Spinoza considera que, aunque no se conociera la definición del tercer genero de conocimiento ni la definición del amor intelectual de Dios, como se menciona en este 5° capítulo, ya estaríamos conscientes como seres humanos del camino hacia la libertad para desapegarnos de los errores cometidos bajo el influjo de las pasiones. Así se demuestra en la proposición 41: “Aunque no supiéramos que nuestra alma es eterna, consideraríamos primordiales la piedad y la religión, y, en general, todas las cosas que en la cuarta parte hemos mostrado que se refieren a la firmeza y la seguridad” (Spinoza, 2000; 267),

La mayoría de los seres humanos que se situaban bajo la concepción de la religión judía y cristiana eran obligados a obedecer a las ideas de la iglesia y les privaban de sus derechos para ser unos fieles creyentes de Dios rigiéndose bajo sus mandatos de su máxima autoridad; era religiosos por obligación y no por convicción y conocimiento. El filósofo holandés nos incita a tener amor a Dios por convicción y conocimiento pues este es el único camino que nos lleva a una libertad plena.

Así tanto la piedad y la religión eran considerados el camino seguro para que los seres humanos se encaminaran para conseguir la vida después de la muerte, recordemos que anteriormente se guiaban bajo el dogmatismo de un solo Dios para llegar a gozar una mejor vida *pos mortem*, donde se pensaba que, esclavizándose, martirizándose y sirviendo a los otros alcanzarían la vida eterna. Esto significaba que los seres humanos de estos periodos de la humanidad tenían miedo de un castigo y esperanza de luchar por el gozo de su eternidad.

Con todo lo anterior a Spinoza le parecen absurdos todos los pensamientos que tenían acerca de un Dios trascendente, porque considera que es mejor tener una concepción clara y distinta sin necesidad de visualizarlo de forma antropomórfica, de ahí resalta que Dios es causa de sí mismo porque es sustancia infinita con

infinitos atributos de los cuales solo conocemos dos: pensamiento y extensión (materia), Dios se crea a sí mismo y en sí mismo, por lo tanto, Dios es único e infinito.

Dios es indivisible como unidad; Dios es afirmación absoluta porque no posee ninguna negación ya que Dios no tiene límites y abarca todo lo extenso y el pensamiento, por eso mismo Dios es libre y no tiene nada que ver con la religión de los castigos sino al contrario, convertirlos en ideas buenas para una vida tranquila y pasiva, Dios es considerado como autoconocimiento ya que significa que se conoce a sí mismo y todo su orden que lleva con él.

Así se sigue su orden, primero con la Naturaleza en donde hay una pluralidad que hace posible la expresión de lo singular y, a la inversa, lo uno en lo plural; surgiendo así la posibilidad de la afirmación del hombre: con el alma y cuerpo, donde tiene que desarrollar su “conato”, que significa la afirmación de lo que soy, desarrollando la máxima potencia para seguir y mejorar en la vida, ya que de ahí se despliega la alegría donde surgen las ideas adecuadas y disminuye las causas de la tristeza que conllevan ideas inadecuadas.

Surgiendo en ello, los afectos llamados primarios, que son de la alegría, tristeza y deseo. De la alegría se despliegan los siguientes afectos: amor, propensión, devoción, seguridad, etc. De la tristeza surgen: odio, aversión, irritación, desesperación, etc. Del deseo: la afirmación más contundente de nuestra existencia.

La diferencia que existe entre deseo e imaginación es que, a través del primero, el ser humano afirma su ser, y si surge de ideas claras y distintas se efectúa de forma alegre potenciando nuestra existencia; porque si surge como tristeza disminuye y reprime nuestra existencia, la segunda, si se imaginan cosas que conllevan a las pasiones o afectos negativos. Así el ser humano se da como singularidad y su relación con otras cosas singulares que deben provocar un impacto positivo como la proporción y el equilibrio.

Por esa y más razones Spinoza invita a reflexionar a los seres humanos a través de sus ideas para despegarse de los afectos negativos y enfrentar a los afectos positivos con firmeza y generosidad que conllevan una vida virtuosa, tranquila, en paz y libre.

5.6 Virtud y felicidad

La virtud no se busca premiar con la felicidad, sino que al momento de ser virtuoso se convierte automáticamente en un ser feliz, ya que, al gozar de la virtud reprimimos todo lo que conlleva el actuar con la tristeza. Lo anterior se resalta con claridad en la proposición 42: “la felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma ni gozamos de ella porque reprimimos las concupiscencias, sino que, al contrario, porque gozamos de ella, podemos reprimir las concupiscencias” (Spinoza, 2000; 268).

La palabra “felicidad” de acuerdo con Spinoza proviene del amor de Dios, ya que, al momento de liberarse de todos los prejuicios y llevar una existencia libre, se efectúa ese amor al alma (como lo menciona el tercer género de conocimiento) y a su vez al cuerpo, donde a sí mismo se da la virtud. Se ama tanto una vida armónica que cualquier pasión se reprime, ya que, si no, conlleva a un camino erróneo.

“La felicidad del tercer género, a la cual reserva el nombre de beatitud, es finalmente una felicidad rara. Es decir, es una felicidad que no depende sino de mí. ¿Hay felicidades que solo dependen de mí? Spinoza diría que es una cuestión falsa preguntarse si las hay, puesto que es verdaderamente el producto de una conquista” (Deleuze, 2008; 273).

Así el alma disfruta del amor de Dios, y viceversa, porque ya no se dirige a los afectos negativos como las pasiones sino más bien efectúa los positivos para incrementar su potencia y entendimiento. De lo que se trata es de vivir felizmente, no con arrepentimiento.

Los ignorantes se dejan guiar por los apetitos como: la embriaguez y el exceso de la alegría; mientras que, el sabio no reprime, no deja de existir sino goza de ánimo, no se deja arrastrar, es decir, se sabe controlar ante cualquier adversidad, en pocas palabras, el sabio es libre, virtuoso y a su vez, feliz.

Conclusiones

Spinoza es un filósofo que renueva el pensamiento a partir de la revisión de la tradición religiosa judía y de su efectucción en su tiempo, a pesar de las controversias en que se vio involucrado, sus ideas son un intento de renovar a la humanidad, su crítica parte desde la noción de Dios hasta como el ser humano tiene que acatar los mandatos de la institución religiosa sin decidir ni una sola vez por sí mismo si quiere o no quiere hacer lo que se le impone, en ese sentido como hemos mostrado a lo largo de la investigación Spinoza da los conocimientos precisos para que los seres humanos actuemos de acuerdo con nuestra voluntad y razón propia para liberarse y tener una existencia virtuosa.

Después de haber revisado el pensamiento de Spinoza y el camino seguro que propone para habitar el mundo de manera alegre, moderando los afectos que nos esclavizan y potenciando los que liberan el actuar del ser humano, efectuamos una contrastación con el mundo actual, como se observa a continuación.

En la actualidad, la mayoría de los seres humanos desde el momento en que nos estamos gestando en el vientre de la madre, ya hay muchas personas ocupadas no por nuestro sano desarrollo al interior del vientre materno sino por el futuro papel que desempeñaremos en la sociedad, ya que desde ese momento todo tiene que encajar dentro de los estándares sociales, en este caso, la propia familia debe preocuparse por el nombre con el cual vamos hacer nombrados, cuidando cada mínimo detalle; en la ropa tienen que existir colores que vayan acorde a las propias tradiciones (rosa para las niñas y azul para los niños, o en su caso colores discretos pues los colores llamativos se ven mal o no se consideran tan apropiados). Posteriormente, cuando de bebé pasamos a ser niños no tan conscientes de los actos realizados, los padres tienen que seguirnos educando de acuerdo con los valores y principios según la tradición, a partir de ahí, si son religiosos, obligatoriamente como niños tenemos que asumir sus enseñanzas, sin cuestionar nada, adoctrinarse y adaptarse a la situación.

Los padres consideran importante darnos acceso a la educación; ya en el preescolar tenemos que adaptarnos a un modelo educativo, el cual influye mucho en la vida que posteriormente efectuaremos.

Siendo niños un poco más conscientes de los actos realizados y de la existencia en general, con todo lo transmitido por los padres nos abrimos a la sociedad, decidimos nuestros gustos: qué dulces nos gustan más, qué tipo de cuentos leemos, etc. Cosas mínimas que son una parte del todo, aunque no lo es todo, ya que aún falta comprensión, pero eso sí esas decisiones nos ayudaran a comenzar a preferir ciertas cosas. En el caso de la escuela, en la primaria, aprendemos a leer y a escribir, sumar y restar, a convivir y comprender de una manera más clara el mundo en el que vivimos, en donde los padres aún son necesarios para la orientación, pero también a partir de ahí surgen muchos prejuicios los cuales se tienen que cumplir y como niños tenemos que adaptarnos a los estigmas sociales, como ser el más reconocido del salón por las buenas notas o por el contrario, si sacamos bajas notas somos considerados los más incapaces, etc.

Al ser personas adolescentes, como jóvenes comenzamos a valerlos por sí solos, pero aun así con todo lo aprendido seguiremos arrastrando prejuicios transmitidos por los padres y la sociedad, como por ejemplo, tenemos que adaptarnos a otros estigmas sociales, como lo es la tecnología y dentro de ella se encuentran las redes sociales, tales como, Facebook, Instagram, WhatsApp, Twitter, ya que son redes que son “necesarias” en esta época y se presentan como diseñadas para comunicar, aprender y divertirse, pero en la mayoría de las veces se utilizan para dañar a las personas, realizar comentarios malinformados sobre la vida de otros cuando ni siquiera saben el trasfondo de la situación, etc. Al mencionar lo anterior, no solo se trata de un ser humano sino de la humanidad en su conjunto, porque cada uno tiene una formación diferente, entre los cuales se influenciarán mutuamente, ya que habrá amigos que te muestran los excesos, por ejemplo, de las fiestas, el alcohol, de las drogas, inclusive hasta de qué manera desobedecer a los padres, mientras que habrá otros que nos enseñan a aprender de los otros y respetarlos.

Con el paso del tiempo desarrollamos más la capacidad de ser conscientes para decidir si nos encaminamos por los prejuicios o estigmas sociales, excesos, envidias, miedos, rencores, humillaciones, o más bien, ver de qué manera podemos mejorar para sí mismos y también para las futuras generaciones. Ya que la mayoría de los seres humanos nos dejamos guiar por las pasiones y los afectos negativos que conllevan una vida injusta y desordenada. Por eso es necesario lograr un cambio a partir de las ideas de Spinoza para liberarse y tener una vida justa y ordenada.

A continuación, se explica, a través de mi propia ejemplificación por qué es preferible encaminarse por las enseñanzas del filósofo holandés.

Mis padres me inculcaron la religión católica proveniente de la religión cristiana, a los tres meses de nacimiento fui bautizada en la iglesia, es decir, no estaba consciente de mis actos pero según mis padres las otras personas mayores les comentaban que era necesario seguir la tradición porque así estabas exento de pecado, luego, a una corta edad cuando ya tenía un poco más de conciencia en varias ocasiones los domingos íbamos a misa desde muy temprano para escuchar la palabra de Dios, donde se hablaba de las profecías de Jesucristo y de los demás profetas, es decir, leen y analizan un nuevo pasaje de la biblia, hay canticos que se adecuan a la situación, siempre el padre da una reflexión para obrar bien durante la semana y se da el cuerpo de cristo representado en una oblea de color blanco, también durante la misa los mayordomos recogen limosnas para el mantenimiento de la iglesia. Luego durante esa etapa, la casa de mis abuelos tanto maternos y paternos, siempre ha estado repleta de santos, desde el más importante, como Dios personificado en Jesús representado en la cruz, la Virgen de Guadalupe, San Pedro el niño Dios representado como médico, el sagrado corazón de Jesús, etc.; al igual que, siempre han existido entre pláticas de los familiares adultos con respecto a los sacramentos de la religión, que creen que la edad para continuar con la tradición de realizar la primera comunión y confirmación es a partir de los 10 u 11 años, ya que según sus pensamientos por los que están en contra de que se realicen los sacramentos a una edad más adulta, es principalmente por el qué dirán las demás

familias o los vecinos más cercanos, pues entre más grande lleves a cabo esa acción, es considerada como irresponsabilidad de los padres, porque aún dependemos de ellos, u otra más concurrente es cuando mencionan esta cuestión: “¿Que va hacer tu hija cuando crezca y se quiera casar por la iglesia y no tenga sus sacramentos en regla?” y entre otros pensamientos de las antiguas generaciones.

A lo que mis padres bajo su propia decisión, pero teniendo en cuenta lo mencionado, decidieron inscribirme para realizar mi sacramento de la primera comunión y la confirmación a los 10 años, estudiaba la primaria y solo recuerdo muy poco, pero mis padres me explicaron que tenía que seguir con el protocolo para cumplir con la fe de Dios, seguíamos en pie lo de las misas que me fueron inculcadas desde más pequeña cada domingo de la semana y lo único que se agregaba era quedarme después de misa al catecismo, cada profesor/a mejor conocida como catequista tenía un grupo de niños donde nos enseñaba la palabra de Dios, su vida, sus enseñanzas, las oraciones, inclusive, nos preparaban para confesarnos y recibir la Eucaristía, ya que, según sus explicaciones, el Espíritu Santo era representado como una paloma blanca y se postraba en nosotros. Pasado de un año, es decir, a los 11 años de mi existencia, realicé mi primera comunión y confirmación para reforzar mi religiosidad y a partir de ahí pude comulgar.

Posteriormente, cuando ya tenía 12 años, cursaba la secundaria, las misas de cada domingo ya no eran tan exigentes sino bajo mi propia voluntad, ya que, si decidía ir estaba bien, pero si no, eran por otros factores, por ejemplo, tenía que realizar más tarea e investigaciones de mis materias para la escuela y eso me impedía que no tuviera tiempo para salir.

Así que, una vez leído los libros con respecto a Spinoza, escribiendo, analizando parte por parte, equivocándome y corrigiendo a fin de formar cada capítulo de manera entendible e interesante y poder llegar hasta esta parte del escrito, debo decir que tuve un cambio radical con respecto a mí misma y con ello no culpo a mis padres porque ellos siempre han querido lo mejor para mí y me criaron con respecto a sus ideales, ya que desde pequeña nunca tuve oportunidad de dudar de mi propia religión, ni de la fatal formación que tienen para enseñar el catecismo, ni de las

tradiciones, pero me doy cuenta que Spinoza propone conocer a Dios de otra manera distinta, ya que no es necesario ir a la iglesia para tener un acercamiento con Él, pues es inmanente, es decir, se encuentra en todos lados, ni es necesario orarle cada hora del día, sino más bien Dios ya es necesario para mi existencia, ni necesité de sacramentos para conocerlo ya que Dios está constituido por infinitos atributos de los cuales solo conocemos dos: extensión y pensamiento y que Dios no castiga sino al contrario me ayuda a ser mejor con las herramientas que me otorga, a través de la razón.

A los 15 años tuve mi primer acercamiento a la duda, ya cursaba la preparatoria, en 3° semestre un profesor de historia nos cuestiona acerca de la religión, comienza a interrogar si realmente éramos creyentes o no, luego da una explicación y habla de la Virgen de Guadalupe, si es mexicana o de otro país, ya que sus túnicas eran analizadas desde años atrás, al igual que si Juan Diego existió. Durante esa edad ya comenzaba a tomar mis decisiones y tomando en cuenta mi formación religiosa nadie me había cuestionado acerca de la religión hasta ese momento, a lo que yo no sabía cómo reaccionar ante esos pensamientos distintos, por un lado, consideré que eran barbaridades, pero por otro, quería dudar y averiguar si era cierto esas ideas. Así que preferí la primera opción, sentí miedo, tristeza y otras emociones más, lo dejé pasar y no hice nada al respecto.

Durante esa misma época, mis clases impartidas de filosofía, nunca se tocaron temas de la religión, solamente mitos, como el de la caverna de Platón y la alegoría del carro alado.

Al ser consciente de mis actos, pero no del todo, es decir que apenas me estaba desarrollando y descubriendo, no sabía de donde partían las emociones que sentía o porque algo me provocaba miedo y si era válido sentir eso o simplemente estaba equivocada, consideraba que la misma vida te enseña a sentir, tristeza, alegría, soledad, pero con lo aprendido por el filósofo pude comprender que todo parte del orden de la propia naturaleza, que los sentimientos expresados son llamados afectos, como se puede observar en el segundo capítulo de esta investigación, que todos los seres experimentamos el primer afecto que es el deseo de existir o conato,

que de ahí se derivan los dos afectos primarios: primero, la **alegría** desplegándose de ahí: la seguridad, el contento, la gloria, el aprecio, el amor, etc., pero siempre dentro del orden natural, segundo, **la tristeza**, de donde se explica: el odio, la irrisión, la decepción, la burla, la vergüenza, etc. Por su clasificación y su conocimiento pude diferenciar cuales son los afectos que potencian mi existencia, a partir de ideas denominadas adecuadas y no de las inadecuadas que son simples imaginaciones que provocan dudas al momento de actuar.

En ese tenor, pero ahora en lo académico entendí que en las escuelas se guían más por lo material, porque nos orientan a estudiar carreras que tengan un beneficio económico, que generaran ingresos y no valoran la importancia de las artes o las humanidades.

De ahí entendemos que el estudiar una carrera con un fin económico acaba, en la mayoría de los casos, provocando infelicidad, ya que al tomar la decisión de dejarse llevar por las ideas inadecuadas que provocan tener pasiones o por intereses materiales, se obtiene como resultado estar perdidos en la existencia. Pues es mejor enriquecerse de conocimiento para disfrutar la vida y la libertad.

A los 18 años cuando entré a la carrera de Filosofía ya un poco más consciente de mis actos, los primeros semestres fueron llenos de aprendizaje, con clases buenas y otras no tanto, al igual tuve muchos retos conmigo misma, ya que realmente no sabía leer y escribir filosofía, experimentaba temor de participar durante la clase, pero, apoyada y guiada de los consejos de los compañeros y compañeras, maestros y maestras me propuse seguir adelante, no siendo tan exigente conmigo misma, creciendo poco a poco, a través de la investigación en la biblioteca, la búsqueda de libros para completar información, intercambiar ideas, tomar asesorías después de clases, escribir aunque no estuviera del todo correcto.

De esta manera al ser consciente de mis pasiones decidí cambiar por voluntad propia para no quedarme así durante mi trayecto de vida, ya que es necesario, como lo propone este filosofo, que actué a través del conato, es decir, empeñarme y esforzarme en la existencia, ya que también es válido fallar porque somos seres humanos, pero no es válido quedarme ahí sin buscar la libertad propia.

Durante los últimos semestres visualice la carrera de distinta forma; aún seguía aprendiendo, ya que cada clase, profesor y filósofo es diferente. Llego el momento de elegir el tema para la investigación de tesis; no tenía bien definida la corriente por la cual me decantaría ya que todo me gustaba, pero me atraían más los temas de la religión, la filosofía de la Edad Media y por supuesto la ética. En este periodo conocí la obra de Spinoza y me atrajo de forma definitiva.

Desde el momento en que mi asesor me comenzó a explicar y orientar en las ideas de Spinoza y me di a la tarea de escribir me percaté de que me hacía falta completar mi formación, entendí la necesidad de poner en práctica todos los aprendizajes logrados durante los estudios, así que me esforcé en mejorarlos. He utilizado todas esas herramientas para desarrollar los capítulos que esta tesis contiene para comprender cómo habitar el mundo a partir de la *Ética* de Spinoza, y que esta investigación terminada sea fuente de inspiración tanto para mí misma y los lectores que pudieran tener acceso a ella o que estén interesados en mejorar su modo de habitar el mundo.

Con todo el proceso de crecimiento como ser humano hasta este punto de mi vida comprendo que es una opción correcta encaminarme en la existencia con la ayuda de las ideas de Spinoza, desarrolladas a lo largo de la investigación, ya que de este modo puedo lograr un mayor grado de libertad respecto a la esclavitud del mundo actual, alcanzando un bienestar y balance en mí misma. Para ello tanto mi alma como mi cuerpo deben de estar equilibrados para vivir una existencia de manera virtuosa que conlleve felicidad para mí misma y los demás.

Spinoza no solo propone la liberación de uno mismo respecto a las pasiones, sino también busca la construcción de una sociedad libre, es decir, un Estado en donde sus integrantes gocen de la mayor libertad para desplegar su potencia, actuando de forma virtuosa, en paz y en la búsqueda del bien común. Así como existe la razón particular también existe el orden divino de toda la naturaleza el cual hace que nos regulemos de acuerdo con Dios.

Bibliografía

Básica:

- Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid. Editorial Trotta.
- Spinoza, B. (1988). *Tratado de la reforma del entendimiento*. Madrid. Alianza Editorial.
- Spinoza, B. (2011). *Tratado teológico político*. Madrid. Editorial Gredos
- Spinoza, B. (2011). *Tratado político*. Madrid. Editorial Gredos.
- Spinoza, B. (1990). *Tratado breve*. Madrid. Alianza Editorial.

Complementaria:

- Domínguez, A. (1988). *Introducción del Tratado de la reforma del entendimiento*. Madrid. Alianza Editorial.
- Hurault, B. (1972). *La biblia latinoamericana*. Chile. Edición pastoral.
- Allendesalazar, M. (1988). *Spinoza: Filosofía, pasiones y política*. Madrid. Alianza Editorial.
- Delueze, G. (1996). *Spinoza y el problema de la expresión*. España. Muchnik editores.
- Delueze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Buenos Aires. Editorial Cactus.
- Deleuze, G. (2004). *Spinoza: filosofía práctica*. Buenos Aires. Tusquets Editores.

- Hampshire, S. (1951). *Spinoza*. Madrid. Alianza Editorial.
- Domínguez, A. (1995). *Biografías de Spinoza*. Madrid. Alianza Editorial.
- Rotter M. (2020). *El problema del mal en el sistema del pensamiento de Baruch Spinoza*. México. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Zequeira F. (2002). *La ontología de Spinoza*. Revista pedagógica Semestral, 10, 5-8.
- Zequeira F. (2003). *La ontología alrededor de Epicuro, Platón y Spinoza*. La colmena, 5, 115.124.
- Zequeira F. (2003). *Filosofía política a partir de Spinoza*. Quadrivium, 15, 150-174.
- González R. (2008). *En pos de una ontología radical a partir de Gilles Deleuze*. Contribuciones desde Coatepec, 14, 11-26.
- Ramos L. (2020). *La teoría del conocimiento de Spinoza*. México. Universidad Nacional Autónoma del Estado de México.
- Ezcurdia J. (2010). *La ética de Spinoza: Ontología del poder como proyecto de liberación*. Configuraciones formativas, 4, 55- 97.
- Cherniavsky A. (2007). *Spinoza para principiantes*. Buenos Aires. Editorial Era Naciente.
- Taitan, D. (2019). *Spinoza disidente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tinta Limón.
- Daza R. (2012). *El Dios Geométrico de Baruch Spinoza*. Metafísica y persona, 8, 163-177.
- Ferez C. (2008). *Decir la verdad: la pregunta por lo político en la filosofía de Baruch Spinoza*. Foro Interno, 8, 69-81.

- Ferez C. (2020). *Naturaleza e imaginación en Spinoza*. Nuevo Itinerario, 16-1, 3-21.
- Pezonaga A. (2021). *Naturaleza y libertad en Spinoza*. Revista Internacional de Filosofía, 26-1, 65-82.